

JOSE MIGUEL VARAS

porai

NOVELA

EDICIONES DEL LITORAL

JOSE MIGUEL VARAS

PORAI

Prólogo de

GONZÁLEZ VERA ,

EDICIONES DEL LITORAL

1963

INDICE

	<i>Prólogo</i>	9
I -	Varazón	13
II -	Una huelga	25
III -	Haciendo recuerdos	39
IV -	El carabinero y el krumiro	53
V -	Rosario	63
VI -	El cojo	69
VII -	Neumáticos	87
VIII -	Ausencia y Gustavo	101
IX -	De regreso	111

JOSE MIGUEL VARAS

Encontrábame en la Biblioteca Nacional, ¡qué ligero pasa un cuarto de siglo! tal vez leyendo papeles de o referentes a Baldomero Lillo. También revisaba impresos un teniente de buena figura, tenuta impecable, muy pulcro, con la mira de escribir un ensayo sobre emancipación femenina.

Seguí viéndolo en la calle y nos saludábamos. De tarde en tarde, supongo que había ascendido a capitán, él, José Miguel Varas Calvo, publicaba un libro. Uno se titula "Mi Visión". Otro "Soldados", conjunto de crónicas, relatos y cuentos, acaso el mejor de su obra, y "Un Hombre y Dos Mujeres", de ambiente militar, que teatralizó y puso en escena con éxito, en Buenos Aires, por un período, el artista Edmundo del Solar.

Nunca dejé de verlo, pero rara vez pasamos del saludo. ¿Cuál de los dos sería el tímido o el apático?

En 1946 circuló Cahuín, pequeño libro de José Miguel Varas Morel, hijo de aquel oficial y sobrino de Carlitos Morel, ese joven que hacía miniaturas en marfil, que solía ocupar cargos ajenos a su sensibilidad y que en sus últimos años se dedicó sólo a realizar obras nobles. Todos lo amaban y murió temprano. ¿No pudo el Señor llevarse un borracho, un degenerado o cualquiera de esos infinitos seres que manchan la tierra?

Cahuín mereció elogios de Alone, Tejeda, Luis Meléndez, etcétera. La leí y por meses recordé frases de acento humorístico, notables, frases que valían por sí mismas. Extraño parecía que

el humor aflorara en José Miguel Varas, que no cumplía los veinte años, porque comúnmente, es flor de madurez. Era razonable que gustara a Tejeda y Alone, escritores de vena semejante.

Nos conocimos ¿dónde? Tratábase de un joven de ojos oscuros, blanco, alto, muy serio, como también es común que sean los jóvenes, pero él si tenía don humorístico ¿podría ser serio?

Quizás algunos realizan seriamente sus quehaceres, sin perjuicio de disfrutar con la actitud de los demás.

José Miguel Varas nació en Santiago el 12 de marzo de 1928. Estudió en el Instituto Nacional, salvo el cuarto que lo cursó en Punta Arenas, en donde su padre estuvo destacado. Volvió al Nacional a seguir quinto y sexto de humanidades. Se recibió de bachiller en 1945.

En el siguiente, quizás por influencia paterna, se inscribió en la Escuela de Leyes, publicó Cahuín, trabajó de reemplazante en una compañía de seguros. De la escuela íbase a la compañía casi sin almorzar, y allí permanecía hasta las siete. En la noche actuaba de locutor. Los mil ejemplares de Cahuín los colocó en librerías y los vendió en persona. No tardaron en agotársele.

Seguía Derecho sin gusto. Tampoco lo atraía ninguna carrera liberal, aunque era buen estudiante. Solamente quería ser periodista. Un poco lo había sido en el Instituto. Dirigió un periódico manuscrito, más tarde dactilografiado y, antes de su término, mimeografiado, cuyo título era "El Culebrón".

Ese comienzo, su actividad radial, el hecho de que su padre escribiera y el prestigio de la literatura, oficio gratuito, lo convirtieron en escritor. En 1950 editó Sucede. Aunque no lo veía con frecuencia, entendí que el desenvolvimiento de José Miguel Varas, seguía la línea de los jóvenes de más rico temperamento: el rechazo de todos los valores y la búsqueda angustiosa de nuevos asideros. Se veía patente en Sucede, en que narra experiencias, no inventadas por él, sino más antiguas que la Biblia, en que caen, por estar fuera del paraíso, miles de prójimos, pero

que ocultan por considerarlas erróneas. A guisa de reto o bravata él las exponía sin velos.

Después de este libro me pareció que estaba mucho más serio: había empezado a trabajar por el porvenir del mundo.

En 1950 casó y tiene dos hijas.

Abandonó derecho en segundo año y en 1952 entró de redactor de "Vistazo".

Pasa a la redacción de "El Siglo" al año siguiente y permanece hasta 1957.

En seguida, 1958, se va de locutor a Punta Arenas. En 1959 parte a Praga y allí se queda dos años y medio de locutor de castellano.

A fines de 1961 vuelve a "El Siglo".

No se puede decir que haya sido aventurero. Desde que empezó a ganarse la vida lo hizo en el periodismo escrito u oral.

Con intermitencias ha publicado cuentos.

Porái tiene parentesco con el criollismo. Es libro bastante singular y no recuerdo otro que se le asemeje en nuestra literatura. Está escrito en primera persona y quien narra es un mozo que ha sido lustrabotas, luego ayudante de faquir, caminante, obligado, no por gusto, a dormir en los retenes en donde limpia caballerizas, barre y lustra los bototos de la dotación. Finalmente fue pescador.

El relato se parece pero mucho a como puede hablar un muchacho sencillo, alegre, con su pizca de cinismo, sin amargura, que no ambiciona nada y que goza de lo que la vida le ofrece, aunque con él es parca en bienes, pero él lleva los bienes dentro.

Este joven, con quien agradaría encontrarse y oírlo contar historias, posee el don de pintar a sus compañeros con escasas y certeras palabras. No se olvidan el cojo organillero que, además, simula ser faquir; Gustavo, que sufre a su mujer, la abandona y tiene hambre de volver a verla, no sólo de verla; Rojas, el comprador de pescado; Rosario, mujer elemental, apasionada, poco

locuaz; Quilantarias, hombre de buen juicio; Gutiérrez, el hablantín; el carabinero Luna; el viejo Carmona.

En este libro ocurren hechos que podrían ser trágicos, pues alguien muere en unas elecciones; en Varazón se declara una huelga; un pescador golpea al cura y entremezclado a todo esto va el amor, o el ayuntamiento, el humo, el vino, la lluvia y las enfermedades.

Sin embargo, desde que el relato empieza hay un regocijo oculto, un encantamiento que se mantiene hasta su conclusión, quizás algún poquito de candor obtenido por arte y, para los de exigencias mayores, expresiones del más neto humor. Ojalá José Miguel Varas conserve esa gracia sutil en cuanto escriba.

GONZÁLEZ VERA

I

VARAZON

me volviendo hacia atrás para mirar. Todas esas preguntas me hicieron alargar el cuello, y al mirar, una vez más le traté de un poco a medias y el resultado, que a ella le costó y con el trabajo de recordar iba a tener en un pueblo donde nadie me conocía.

Lo he vivido bien pero amargado es en mi vida. Cuando me ha hecho falta mujer, nunca me ha costado mucho encontrar alguna. Y entonces recuerdo Fucile que a ella le recordaba solo tiempo que a ella.

Pero algo me pasó con la España. No es que fuera fuera de lo corriente por lo bonito. No era. Mujer bonita, y lo que se le llama el tipo. La España. Como una cosa, algo en los ojos y en la persona, que uno se pone a mirarla y se pone a pensar y...

La propiedad era que había un trabajo de llegar y volver en un día. Era el tipo de trabajo que se hacía en el momento de la guerra. El tipo de trabajo que se hacía en el momento de la guerra. El tipo de trabajo que se hacía en el momento de la guerra. El tipo de trabajo que se hacía en el momento de la guerra.

EN VARAZÓN había poca gente. Todos eran pescadores, menos el carabinero, se entiende; y el cura, que nunca le trabajó un cinco a nadie; y el zapatero, que hacía ojotas y componía redes. (¿Qué trabajo de remendón iba a tener en un pueblo donde nadie usaba zapatos?).

Yo he sido bien poco enamorado en mi vida. Cuando me ha hecho falta mujer, nunca me ha costado mucho encontrar alguna. ¿Enamoramiento? Puede que a una la recordara más tiempo que a otra.

Pero algo me pasó con la Rosario. No es que fuera fuera de lo corriente por lo bonita. No crea. Mujer bonita, a lo que es belleza, yo he visto. La Rosario tiene otra cosa, algo en los ojos y en la persona, que uno se pone a mirarla y se pone a mirarla y . . .

La primera vez que la vi, yo acababa de llegar y estaba en casa de don Renato, hombre de respeto, algo así como el jefe de los pescadores de Varazón. La Rosario es hija de él, la única mujer. Los otros de la familia son el Diego, que se contrató de soldado y el Pedro, retardado de la cabeza, que mató a la madre en el patio. Don Rena nunca lo perdonó y no lo puede ver. El

pobre cabezón, que tiene la tontera tierna, pasa días enteros lloriqueando por ahí, lleno de babas. Menos mal que se consuela fácil: con que uno le haga un cariño en la cabeza, ya el mundo se le hace liviano. Es tonto.

No crea que la Rosario es aparentadora o vistosa. Más bien, todo lo contrario. La primera vez que la vi, yo estaba sentado a la mesa de don Rena con algunos amigos de él —pescadores— y con el cura. Se conversaba poco, no sé por qué. Había corrido vino desde temprano. La tertulia se había ido apagando a la par con el brasero. Hacía frío y neblina. Casi no se veía adentro de la ranca, pero nadie se movía a encender alguna vela. Debido al mal tiempo, nadie había podido salir a la mar. Puede que en eso estuviera la razón de la mala sangre. Y como esa cosa se contagia, tomábamos todos como con rabia, hablábamos poco y eructábamos fuerte.

Al lado está la cocina. De ahí nos llegaba algo de luz; pero más era el humo, que entraba por debajo de la puerta. Cuando la Rosario abrió, no la distinguí bien en un principio. Ella se quedó parada un momento tratando de vernos.

—Pero papá— dijo, —¿por qué no ha^{id} prendido la luz?^{5mo}

—¡Psch!— dijo don Rena, —¿y para qué tengo hija?

—Para todo servicio la tiene— fué que dijo ella, secona, —con tal de que no se aburra . . .

Don Rena se enojó, pero no dijo nada. Pegó un escupitajo en el brasero.

La verdad: bastó que el suscrito oyera la voz de ella, tan suave y un poco ronquita, para que me pusiera nervioso. No voy a negar que cualquiera pollera me habría entusiasmado en las circunstancias que le detallo, dado que llevaba tantos meses como dicen que los monjes deben vivir, al palo. Pero había algo más. En el primer momento no me di cuenta bien, pero algo, algo barruntaba.

Cuando ella prendió la vela y la colocó encima de la mesa y yo divisé esos ojitos que tiene, medios cafés y sombreados con unas ojeras negras como el pecado, y la boca con los labios hinchados y levantados, siempre algo abiertos y húmedos (como a mí me gusta) y la nariz, que la tiene corta y anchita; y, más que todo eso separado, todo eso junto: el modo y la manera. Entonces me encontró una desesperación, unas ganas de morirme, una vergüenza rara de ser como soy, un deseo muy grande mezclado con pena, llanto y una cosa dulce.

No supe qué comí, pero fué pescado, esté seguro. (En Varazón le tomé cariño al pescado: después de todo él nos daba el pan. Pero como el "pan" también era pescado, le terminé odiando después de un tiempo. Es lo único que se come, lo único que se vé y de lo que más se conversa. Las casas, la gente, tienen olor a pescado. En el pueblo es tan distinto).

En la mitad de la comida se armó un alboroto porque al cura se le atravesó una espina en el guargüero.

Manoteaba como un perro en el agua y hacía ruidos, también como perro. Todos daban vueltas alrededor hablando al mismo tiempo, y hacían varias cosas: le golpeaban la espalda, pedían agua, le decían que abriera la boca y se pegaban cabezasos cuando se agachaban para ver. (Como era el cura, ninguno se atrevía a decir el conjuro de la espina, ése que comienza: “Ay María, puta cochina...”)

Yo me escapé sin que me vieran y bajé a la orilla del mar.

Hacía frío y un viento mediano. Se estaba despejando. Entonces se me apareció de repente el mar. Yo había viajado para conocerlo, pero en el primer momento no le presté mucha atención. Cuando uno sale a pescar, el mar no es una cosa que se mira, sino una cosa que se usa, como el bote, la red y los remos. Ahora recién me agarró. Lejos, el agua se confundía con la neblina. Cerca, golpeaba y lamía, como un animal amarrado, entre rabioso y sosegado, tirante, tirante... Yo sentía agujillas en todo el cuerpo y deseos de gritar o de llorar como un chiquillo. Estuve un largo rato en la misma orilla, hasta que sentí que el agua me mojaba los pies.

Volví a la casa a paso cansado, entre entumido y con sueño. A mitad de camino, la Rosario estaba sentada en la arena, sola. Se sorprendió al verme.

—¿Quién es?— preguntó, y se quiso parar.

—Soy yo— le dije, y ella se quedó quieta, —voy a su casa.

Pero me quedé al lado de ella, mirándola. No decía-

mos nada. Ella tenía la cara levantada hacia mí. Yo la tenía bajada hacia ella. Nos mirábamos, pero la verdad es que no nos veíamos casi nada, una mancha blanca era la cara de ella y otra no tan blanca sería la mía.

Entonces yo le digo: —¿Me puedo sentar un momento?

Pareció que ella despertaba, porque respingó: —Siéntese— dijo.

Cuando yo me senté, ella se paró muy suave y ligero y se fué sin decir nada, dejándome solo, como un tonto, mientras el mar sonaba.

* * *

Me quedé en Varazón. Aprendí algo de pesca y mucho de destripar pescado. En las tardes nos juntábamos a conversar. Detrás del almacén, en la pieza chica, abrigados con humo y vino, se nos iban horas dale que dale a la sin hueso, mientras las velitas hediondas de don Marcos se iban achicando. La verdad es que era yo el que hacía el mayor gasto y como siempre les contaba de lo que había visto “por aí”, sin darme cuenta el nombre me fué quedando de Porai. Al cabo, nadie me llamaba de otra manera.

Les conté de cuando anduvimos “porai” con el Gustavo, cuando pensamos que ya estábamos grandecitos para seguir lustrando zapatos en el pueblo. Eso fué lo que conversamos: por eso nos echamos los atados al hombro y partimos.

Así anduvimos un tiempo. Cuando nos topábamos con los pacos era siempre lo mismo:

EL PACO: ¿Qué andan haciendo? ¿De dónde vienen?

UNO: Andamos buscando trabajo.

EL PACO: Buscando trabajo... buscando trabajo...
¿Cómo no, pues! No vayan a andar buscando trabajo, no más. ¿Qué traen ahí?

UNO: La camisa, las cositas.

EL PACO: A ver, abre.

UNO: ¿No ve, pues, mi cabo?

EL PACO: Mm. ¿Y ese cuchillo?

UNO: Para comer, pues. ¿O quiere que uno coma con la mano? Para cortar la morcilla, para el pan.

EL PACO: Sí, claro. Para cortarle las tripas a alguno por ahí o para carnear animales con dueño.

UNO: Si no, mi cabo, cómo se le ocurre.

EL PACO: Así que vienen a buscar trabajo, ¿no?

UNO: Sí, mi cabo.

EL PACO: A ver la libreta.

UNO: La libreta, bueno, el...

EL PACO: ¿Bueno qué? ¿No tienen libreta?

UNO: No, no, eso sí, mi cabo. De tener, tenemos, pero...

EL PACO: Yo quiero verla. ¿Dónde está?

UNO: Es que donde estábamos trabajando antes, allá para la cordillera, allá. ¿No?

EL PACO: ¿Sí?

UNO: Sí, ahí pues. El patrón que teníamos no nos quiso dar las libretas cuando salimos. Dijo que nosotros

le teníamos que pagar las estampillas, ¿se da cuenta qué abuso? Eso es ilegal. Y como no teníamos con qué, no nos quiso dar las libretas. Por eso.

EL PACO: Sí, ¿ah?

UNO: Sí, mi cabo.

EL PACO: ¡Claro! Y entonces ahora ustedes quieren trabajar.

UNO: En eso andamos, buscando trabajo.

EL PACO: ¡Badulaques, mentirosos de mierda! Vamos andando para adentro. ¡Aquí les vamos a dar har- to que hacer!

Nos metían para adentro del retén. Nos hacían cortar leña, lavar los caballos, limpiar las pesebreras, lavar los excusados. Nos tenían dos o tres días. En las noches nos hacían dormir a lo que es suelo pelado de calabozo. Y antes de echarnos, siempre nos daban unos palos o un par de patadas. "Por si acaso". Pero aunque todo eso era doloroso, había otra cosa que nos molestaba más. Nosotros habíamos salido a andar "porai" porque estábamos cansados de lustrar ¿no?, ya estábamos grandecitos, ¿no?, y estos pacos bandidos nos hacían lustrarles todos los bototos, botas y polainas . . .

* * *

Los viejos de Varazón se morían de la risa con estas cosas. Poco a poco yo mismo le fui tomando el gusto y para la próxima iba adornando el cuento, como mi abuela que en gloria esté. Así pasaba el tiempo.

Cada dos o tres días, venía Rojas en su camión y se llevaba la mayor parte de la pesca. Tirano el hombre. No se reía ni por un queso. Usaba revólver a la vista, metido en un cinturón ancho, de carabinero, que se amarraba encima de la chaqueta. Tenía un bigotazo que le tapaba la boca y unas cejas que le tapaban los ojos. Andaba siempre chupando una cola de puro, apagada. Se la sacaba nada más que para escupir. Cuando estaba nervioso o enojado, mordía el puro y lo hacía viajar de un lado a otro de la boca.

Compraba al precio que él quería. Si había mucha discusión, subía al camión, tiraba un par de manotones a los cambios y se iba. Como no venderle a él era la ruina, los pescadores corrían acortando camino por la puntilla y lo paraban donde empieza la cuesta. Venía otra discusión hasta que lo convencían . . . él a ellos. Entonces volvía y compraba. Al precio que él quería.

Eso era antes. Después, con el tiempo, ya nadie corría detrás de él. Todos esperaban tranquilos, porque el zapatero, que vivía en la última casa, lo esperaba en el medio del camino, sentado en su banquito, y lo hacía regresar.

El tontito Pedro odiaba a Rojas. (Nosotros también). Le decía el "hombre malo" y bastaba que divisara el camión para que le viniera la pataleta. Parece que Rojas el aplastó un día el perrito y desde entonces fué el odio. El camionero le pagaba en la misma moneda y, si lo pillaba cerca, no perdía ocasión de pegarle su cozcacho. Pedro le zumbaba todas las piedras que podía,

pero no tenía fuerza, ni puntería. Después se ponía muy nervioso, lloraba y lloraba. Una vez quiso tirarse al mar. Desde entonces, don Rena lo encerraba con llave mientras Rojas estuviera en Varazón.

* * *

Detrás de las casas, hay unos bosques de pinos y unos cerros. Ahí me encontré con la Rosario. No piense mal. Las cosas pasaron de tal manera, que yo apenas me conocí. (Porque antes fui más bien fresco y me demoré poco en conocer los dormires de cuanta paloma tuve cerca, o en recibir unos moquetes en la nariz).

Ella había andado recogiendo leñita. Cuando yo la encontré, estaba sentada encima del atado, descansando.

Me paré delante y me puse a mirarla, cruzado de brazos.

—¿Qué quiere?— me dijo.

—Nada— le dije yo. —Estar un rato aquí con usted. Se quedó callada. Yo seguí mirándola.

—¿Que tengo monos en la cara?— me preguntó.

—Tiene la cara muy bonita— le contesté.

Puso una trompita de enojada, pero ví que no le había parecido tan mal. Con eso me volvió el coraje.

—¿Me da licencia para sentarme a su lado?

Me hizo lugar, pero después dijo que no, y se hizo la ofendida cuando me instalé. Nos miramos un rato las ojotas de cada cual. Ella apenas pudo aguantar la risa

cuando yo me puse a levantar y a mover los dedos de los pies. (Siempre los he tenido muy movibles). Después yo saqué la cuchilla y me puse a cortar un palito. No hablamos más, pero ella me dejó que yo cargara la leña y se la llevara hasta la casa. Es decir, hasta poco antes, porque me hizo parar y me dijo:

—Hasta aquí no más. Que no me vaya a ver mi papá.

—¿Por qué— le pregunté.

—Porque me dice cosas— dijo ella. —Muchas gracias, Porai.

Me hizo un cariño en la cara. Sentí que se me esponjaba la pana. La boca se me llenó de agua.

—No me lavo más aquí— le dije, tocándome donde ella me había tocado.

Dado lo que cuesta conseguir agua en Varazón, era casi cierto.

II

UNA HUELGA

POCO DESPUÉS vino la huelga. El problema era viejo, pero nadie había pensado jamás que se pudiera hacer algo semejante. Fue el cura el que apuró las cosas.

Rojas era abusador y últimamente se había puesto peor. La gente protestaba mucho. Mejor dicho, se lamentaba. Pero Rojas seguía comprando al precio que él quería.

Tocó entonces que el cura anduvo para el pueblo y supo a cómo se vendía el pescado en la ciudad. A la vuelta comentó y vino la indignación. La pobre madre de Rojas debe haberse revuelto en la tumba, según fueron las prosas que le dedicaron.

Pero todavía así, nadie pensó en la huelga. Cuando a mí se me salió la palabra, estaban don Rena, tres o cuatro de los viejos y unos cinco de los más jóvenes.

—Bótense en huelga— fue lo único que les dije.

Vino un silencio y todos me quedaron mirando fijo. Después hablaron todos juntos. Me obligaron a que les explicara. Yo no había pensado mucho el asunto, pero en realidad es una vergüenza que a nadie se le hubiera ocurrido, habiendo tanta huelga en este país, que sale en los diarios. Cierto que a Varazón llega un diario a

las perdidas, pero así y todo . . . Bueno, Rojas era el que estafaba a los de Varazón, ¿no? Pero vamos a ver, ¿qué podía hacer él si no tenía pescado? Nada, pues. Se arruinaba. Podría aguantar un tiempo pero, si nos manteníamos firmes, iba a tener que pagar no más.

Rojas olió algo cuando llegó. Olió el pescado podrido, como quien dice. Todos estaban serios. Había más gente que nunca. Hasta las mujeres bajaron con los chiquillos en brazos a ver qué pasaba. Por si acaso, él echó el revólver adelante. Miraba desconfiado por debajo de las cejas y mascaba el cigarro. Pero no se daba cuenta de lo que se cocinaba.

Cuando empezó la discusión y el tironeo por el precio, se puso más tranquilo. Fué igual que siempre. Lo único, que don Rena pidió ahora más que otras veces. Rojas no le dió importancia y al final sacudió la cabeza, igual que siempre, y volvió al camión. Partió de un tirón, casi atropellando a Rengifo. Iba tan seguro él, con tanta prosa el lindo que daban ganas de decirle adiós con el pañuelo. Claro, pues . . . si él sabía que no aceptarle su precio —¡a él, a don Rojas!— tenía que ser teatro, y que al terminar el pueblo tenía que estar el zapatero esperando, sentado en su banquito, para hacerlo volver. Iba tranquilo, echado para atrás, con el cigarro levantado tocándole la nariz.

Llegó al final de las casas. El zapatero no estaba donde siempre. Empezó a sentirse raro. Fue disminuyendo la velocidad del camión hasta que lo paró. Tocó un rato la bocina, por si acaso . . . Pero nada. Al final decidió

ir a ver a la casa del zapatero. Retrocedió un poco, se bajó, golpeó la puerta.

—Adelante— se oyó la voz del zapatero.

Asomó la cabeza. El zapatero estaba cortando un neumático viejo para hacer ojotas. Guiñó un ojo cuando vió a Rojas. Rojas se puso colorado. No halló qué decir.

—¿Qué se le ofrece?— preguntó el zapatero, —¿alguna media suela?

—Yo . . .— y quedó callado.

—¿Por qué no pasa?— dijo el zapatero. —¿No se serviría un poco de harinita con agua?

—¡No!— gritó Rojas y pegó el portazo.

Se quedó largo rato pensando, sentado en su camión. Yo habría pagado por verle la cara. Dio la vuelta y se encaminó a Varazón. No había nadie en el “muelle”, que es donde se merca el pescado. Todos habían vuelto a sus casas. Desde las ventanas lo miraban pasar.

Estaba nublado y soplaba norte. Luego cayeron las primeras gotas y la rompiente del Sargento empezó a rugir. En la casa de don Rena éramos como veinte. Estaba oscuro de humo, con los cigarros y la leña mojada de la cocina, y oscuro de nublado que estaba, más oscuro todavía. Oíamos afuera, muy despacito, el motor del camión que iba y venía, débil y como enfermo. A ratos dejaba de escucharse, parecía que ya se había ido, pero se acercaba otra vez.

Don Rena había peleado con el cura y estaba con pesadumbre. En vista de esto, había tomado muchísimo. Quería salir a pegarle a Rojas. Como no lo podían con-

vencer con razones, lo sujetaban entre varios y le daban más trago, principalmente aguardiente, que se merece más que el vino por este lado.

(La pelea fue porque el cura condenó la huelga; dijo que esas cosas eran malas y malignas, que Dios se iba a enojar. A don Rena no le pareció bien esto y le dijo: "Me cago en usted y en su Dios". El cura también se molestó y le dijo algunas cosas sobre la forma cómo a don Rena lo habían parido. Mal hablado el cura. El viejo no le soportó y le pegó un puntazo en el vientre con el remo que tenía en la mano. El cura cayó sentado y se puso a llorar. Don Rena se arrepintió del golpe, de los arrepentidos es el reino de los cielos, y quiso levantarlo; pero el otro se taimó, se hizo el pesado y lo excomulgó en latín y en chileno).

Cuando Rojas asomó el bigote por la puerta, le dijimos que entrara. El hombre quería averiguar directamente lo que pasaba; porque ésta era huelga sin anuncio, "el golpe avisa". Rojas se metió con precaución, en orden: bigotes, cejas, nariz, cigarro, cara, guata, revólver con una mano encima y el resto. Empezó con explicaciones y cautelas, casi amable, averiguando.

Como don Reno no estaba en condiciones, me pegaron un empujón y me hicieron entrar a mí a pelearle.

—La situación está muy difícil —dijo con mucha pena Rojas—. Hay menos pedidos ahora y me han bajado el precio. Ustedes saben que le entrego a una compañía, yo soy un trabajador igual que ustedes. A mí me bajan, entonces yo también tengo que bajar.

—Eso dice usted —le dije yo—, pero personas que están bien noticiadas nos dan noticias que no. Que el pescado ha subido sumamente mucho. Y entonces no es justo que usted nos venga a pulpear, ¿no?

—Bueno, bueno —se disculpó—. Todos tratamos de ganar en esta vida, ¿no es cierto? Así es la cosa. Y tampoco es cierto que haya subido. Eso es mentira. ¿De dónde han sacado eso?

La Rosario entró con unos vasos de vino y los dejó sobre la mesa. Nos llamamos para tomarlos. Rojas sacó pañuelo para secarse el bigote y después volvió a ponerse el cigarro a un lado de la boca.

A estas alturas la pieza estaba tapada de gente. No sé cómo pudieron entrar tantos. Apenas cabía respirar y nadie se podía mover. Era un calor ardiente. Después de mucho, alguien abrió una ventana. A ratos, venían golpes de viento helado y lluvia, entre el humo y el calor. Don Rena estaba como atontado, sentado en un rincón, con la cabeza gacha.

—Bueno —dijo Rojas—, no tiene por qué seguir esta dilatación. Y más, por cuanto que no los conviene. Le oferto el mismo precio de antes.

Sentí como la gente vacilaba detrás de mí. Se movían, se pegaban codazos, hablaban entredientes.

—No creo... —empecé yo—, talvez...

Don Rena saltó de repente, hecho una furia y me tiró a un lado de un manotazo. Le ardían los ojos. Se fue encima de Rojas y le habló a gritos con la cara pegada a la de él:

—¡Bandido! “Al mismo precio de antes...” —le remedó—. ¡No, señor, y no, señor! Tiene que pagarnos a tal como está el precio allá arriba. Si allá sube, acá sube.

—Yo también tengo que ganar... —le salió Rojas haciéndose el tranquilo, pero al final la voz le tembló un poquito.

La gente estaba callada.

—Ganar sí —dijo don Rena—, pero no robar. Usted nos paga el precio de antes y seis pesos más. Y con esto todavía gana hartito.

Nos quedamos todos como muertos un rato largo. Uno se rió de puro nervioso, pero se calló tan ligero como si se hubiera caído en un hoyo. Rojas se sacó el puro de la boca, carraspeó desde muy adentro, sacó un pañuelo muy grande y escupió en él, después envolvió el escupo en el pañuelo con mucho cuidado y se lo echó al bolsillo para estudiarlo en la casa. Después dijo: —Usted está loco.

Hubo cuchicheos, inquietud. Se oía como hablaban entre dientes, restregaban los pies por el suelo. Ví que la Rosario estaba al lado mío, como preguntándome con los ojos. Le tomé la mano por abajo, con disimulo. Dio un saltito, pero me dejó y se me acercó un poco más.

—¡Callados! —gritó don Rena. Yo lo miraba y me pareció mentira. ¿Dónde se le había ido el trago? Siguió hablando: —O nos paga lo que queremos o no hay más pescado.

Rojas dio media vuelta y se fue a la puerta. La abrió. Antes de salir lanzó una mirada general: —Así que en huelga, ¿no? Se van a podrir con su pescado, pero no le voy a pagar más.

Todos estaban un poco impresionados, pero largaron la risa cuando apareció el tontito y le gritó:

—¡Hombre malo!

Rojas salió furioso. Al rato se oyó el camión otra vez. Nos quedamos escuchando como se alejaba, parecía como si fuera subiendo en el aire, en la lluvia finita, casi neblina hasta que se perdió, ya muy arriba.

Así empezó la huelga de Varazón. Doce días duró en total y fue dura, si se quiere. Sobre todo al comienzo. Con la misma falta de experiencia, nadie se preocupó de salir al trabajo los primeros días. En lo que después se descompuso el tiempo y ya no se pudo salir aunque se quisiera. Así que el alimento escaseó.

Algo de crédito dio don Marco en el almacén, pero después nada. Era un almacén muy chico y por darnos fiado casi tuvo que cerrar, porque apenas si le quedó un poco de leña, un poco de carbón, velas, harina y unos pocos porotos para vender.

Vinieron entonces las lamentaciones y los llantos. Que no debíamos haber hecho eso, que Rojas no iba a volver nunca más. Un día se me echaron encima como ocho mujeres, culpándome a mí. Si no es que don Rena se pone firme, mal lo habría pasado. No sé si sería por el mismo susto o qué, a mi se me salió la idea:

—¿Por qué no vamos donde los inquilinos de Miracosta y les pedimos que nos fíen algo?

Hubo resistencia al comienzo, pero después se convencieron y allá nos fuimos un grupo en comisión. A ratos llovía y a ratos escampaba. Pero todo el tiempo soplaban un viento perro que cortaba las carnes. Ibamos Remigio Lagunas, Quilantarias, Gutiérrez y el que habla. Por el camino apegó el tontito Pedro y no hubo manera de hacerlo regresar.

Hasta el comienzo de los pinos nos acompañó un sol infeliz asomado entre nubes. Junto con meternos entre lo oscuro del bosque se largó el agua. Media hora sudaríamos por ahí, a resbalones, entre garabatos y resoplidos. El tonto, en cambio, gozaba, y todo el tiempo iba riendo y cantando. El más callado era Quilantarias. Mal agestado y como enojado, se iba adelante a tranco largo y luego nos dejaba atrás. Al rato lo encontrábamos parado esperándonos. En cuanto nos sentía, volvía a tranquilizar. Gutiérrez, en cambio, era todo comentario y palabra. Contó de todo: cuando hizo el servicio, cuando vendía diarios, cuando estuvo embarcado y cuando le dieron el tajo en la cara. Entreverado hablaba de Rojas, de la huelga —¡hay que ver que somos hombrecitos! ¿no?—, de lo que le iba a pasar a don Rena por haberle faltado al cura, del tiempo raro que estaba haciendo, de la escasez de “mono”, de lo grande que era el bosque, de lo resbaloso que estaba el suelo, de lo mojada que era la lluvia. Remigio Lagunas sacudía la cabeza y lo hacía callar: —“No hable tanto, hombre, por

Dios"—, me guiñaba un ojo cuando Gutiérrez se entusiasmaba, me codeaba como diciendo "¡Buena cosa!", y volvía a sacudir la cabeza.

La lluvia paró de repente y volvió a salir el sol. Durante un rato no hubo viento tampoco y pudimos respirar más tranquilos. De las ramas caían goterones grandes como uvas y se nos metían por el cogote. Por entremedio de las ramas brillaban puntitos de sol.

Se acabó el bosque y tuvimos que cruzar un canal que venía hinchado, el bárbaro, con la lluvia. Pasamos con el agua hasta las corvas y con mucho frío. Casi se nos ahogó el tontito. Dio un solo grito y se hundió como piedra, sin mayor aviso. Parece que se resbaló. Si no es por Quilantarias, que le traía un ojo encima, seguro que se nos va.

Este fundo Miracosta es muy grande. El bosque de pinos también pertenece. Desde el canal hasta la primera casa todavía tuvimos que andar cerca de una hora. Y eso que no nos fuimos por el camino, sino que nos largamos cortando potreros. Entre la zarza, el barro y la bosta, pasando pircas, alambradas y acequias en todo ese gran campo abandonado, fuimos llegando. Hasta que llegamos.

Lo malo estuvo en que Gutiérrez tomó la palabra primero, ninguno estuvo listo antes, y la señora del inquilino, que nos aguardaba con la puerta apenas abierta, no entendió casi nada de lo que él decía.

—No, no —decía Gutiérrez, haciendo morisquetas y moviendo los brazos—, no tiene ninguna importan-

cia. Es un favor que le queremos pedir, nosotros los de Varazón. Porque, ¿hasta cuándo va a aguantar uno que le roben, usted perdone, pero no se puede decir de otra manera, que-le-roben? ¿Ah? Entonces llega un momento que uno dice: ya está bueno. Y es que no se puede soportar más...

—No hable tanto, hombre —dijo Lagunas medio tímido, pero no se atrevió a hablar él, y Gutiérrez siguió perorando en tono de orador político:

—Entonces llega un momento en que el pobre se pone firme y se bota en huelga. Mientras no nos paguen como nosotros queremos, no hay pescado. Así fue que le dijimos a Rojas. Y aquí estamos, señora, para pedirle una modesta ayuda...

—Yo no sé nada —dijo la mujer muy asustada—, aquí no hay ningún hombre de la casa. Nosotras no sabemos nadita.

Y cerró la puerta de golpe. Nos quedamos callados mirándonos las caras.

—¿Ve? —me codeó Lagunas—, ¿ve lo que yo le decía? Por hablar tanto. Buena cosa ¿no? ¿Y qué vamos a hacer ahora?

Gutiérrez se afirmó los pantalones y alegó:

—¡Chis! No hay derecho. No es manera. ¡Me! Ellos también son pobres, ¿no? Y nosotros también. Si los pobres no nos ayudamos, ¿entonces, cómo? ¿Ah? No, pero yo no me voy a quedar así...

Empezó a aporrear la puerta con todas sus fuerzas. Llegaba a remecer la casa.

—No —le dije yo—, espere...

Quilantarias fue más habiloso. Lo apartó de un empujón: —¡Cállese! —le dijo—, déjeme a mí.

Pegó la boca a un huraco que había en la puerta y llamó: —Señora Juana, ¿por qué no viene un poco, quiere?

Se oyó un cuchicheo de mujeres adentro, pasos, y apareció la misma señora de antes, con ojos de susto. Se tranquilizó a lo que vio a Quilantarias: —¿Cómo le va, don Lautá? ¿Y por qué no me dijo que venía usted con los caballeros aquí?

—Estaba más allá— dijo él—, había ido a orinar.

Luego le explicó todo en muy pocas palabras, pero la cosa quedó tan clarita que daba gusto. Le expuso, pues, la necesidad y le pidió que nos fiara algo, vianda y víveres, algún animalito. Y a ver si otros inquilinos siguieran fiando los días siguientes. Después se paga. Hubo mucha ceremonia, consulta y pregunta. La señora mandó un chiquillo corriendo a avisarle al marido. Y ella misma nos acompañó casa por casa a ver a los otros inquilinos. En cada parte nos recibieron, nos conversaron, nos hicieron pasar y tomar asiento, más que fuera en la cama y con mucho cariño nos sirvieron alguna cosita de tomar y nos dieron de lo poco que tenían. De cobrar después en plata no quisieron hablar. No, plata no. Eso sí, podíamos ayudarles a la cosecha, ponerles dos o tres obligados para recoger lo del patrón. Así se acordó.

Al final partimos de vuelta con dos saquitos de po-

rotos, una canasta de pan amasado, unos huevos y un novillo que dieron los conocidos de don Lautá, que eran los más acomodados. Gutiérrez tomó el novillo por su cuenta y al poco rato ya le estaba conversando, contándole cosas de cuando era niño, “novillito como usted” (lo trataba de usted), discutiéndole de mujeres, del tiempo y de la huelga.

En el canal pasamos fiebre. El novillo se asustó y no quiso pasar. Gutiérrez usó su mejor argumento para demostrarle que al otro lado la cosa estaba mejor, pero el susodicho animal se mantuvo.

Lagunas sacudía la cabeza y me guiñaba: —¿Ha visto? ¡Hablarle a un animal! —Y se volvía a Gutiérrez: —No hable tanto, hombre.

Quilantarias se acercó, agarró el cordel y dio un solo tirón. El novillo reconoció patrón y se fue metiendo al agua a pasos tiesos, desconfiado y temeroso, pero obediente.

Para recibirnos, se descargaron todas las aguas del cielo y todos los truenos. El tonto empezó a llorar. Gutiérrez comentaba sin parar la lengua, Lagunas me codeaba —¡qué manera de hablar!— y Quilantarias caminaba callado, a paso largo, con el novillo del cordel.

MEJORÓ LA MORAL, pero siempre había temor. Como si estuviéramos en pecado. Las viejas refunfuñaban, andaban de malas. No había mucho que comer, pero lo peor no era eso, sino el no saber cómo iba a terminar la cosa.

Todas las tardes hacíamos reunión. Yo sufría porque todos esperaban que yo —¡yo!— los iluminara. Y yo, ¿qué iba a decir? Que esperáramos, que confianza, que ponerse firmes, que esto que lo otro. Haciéndome el seguro y confiado. Y ellos, sin hablar, mirándome fijo y adivinándome lo poca cosa que era.

A veces, por las tardes, me subía a la roca del Obispo a... digamos a pensar. Arriba había un hueco largo, como un ataúd, siempre caliente y abrigado. Tendido de espaldas no sentía el viento. Las nubes blanquitas corrían allá arriba a veces; o, negras, se revolvían como desesperadas, como el humo gordo que echa el aceite de pescado quemado. ¿Qué hacer, qué hacer, qué mierda hacer? —pensaba—. Trataba de idear algo, una manera de salir de la huelga, de ganar la pelea... Pero sin darme cuenta, me venían otros pensamientos, recuerdos de cuando lustraba en los Confines

y de la vida de patipelado, deseos de estar lejos de Varazón, con sus pescados y sus pescadores.

Así recordaba esos días en que íbamos todos al teatro a ver la última de Carlitos Gardel. Los seis sentados, mirando, con los ojos así. La máquina sonaba como un diablo, salían remolinos de tierra del suelo —¡qué se veían bonitos en la luz de la película!—, picaban las pulgas y de repente pasaba un ratón con las uñas largas.

Los seis, sentados bien adelante para verlo de más cerca, con los pies afirmados en los lustrines, con los dientes negros y rotos, mal hablados y felices, supongo.

Salíamos del teatro con cuidado para no pisar las tablas sueltas —el teatro a lo mejor se llamaba Imperial, Monumental o Palace— y nos íbamos a pasitos cortos, con los ojos colorados, pensando en la película.

Yo era tonto. Usaba pañuelo blanco de seda, para parecerme a Carlitos. Cuando murió el ciego Ramírez, le heredamos la guitarra y era yo el que la andaba trayendo. Cantaba igual que el Zorzal, decían.

En las tardes, después de almuerzo, nos íbamos siempre a una parte cerca del río, donde había playita. De ahí no se veía el agua, pero se oía; estaba con sauces a todo alrededor y muchas piedras blancas.

El Negro era el jefe. Bruto como ninguno. Pegaba sin averiguar. En pensando que algo se había hecho sin consultarlo o cuando no entendía algo o porque sí... pegaba.

A la hora del calor, yo con la guitarra y con la cara

más “criolla”, los demás fumando los puchos recogidos en la calle, con boquillas de colihue, largas de a metro, llegaba a la Bacenica y se le sentaba al Negro al lado. El Negro se ponía con la espalda afirmada en unas raíces grandotas y con ella medio abrazada. Todos tenían que estar lejos y no conversar muy fuerte.

Pero yo, sí, podía estar más cerca. Iba rasgueando la guitarra, atentándola, como si fuera tan entendido. Le apretaba las clavijas, agachaba la cabeza para oír mejor.

Cuando el Negro me decía que ya, me ponía a cantar “El día que me quieras”. La Bacenica se emocionaba toda, suspiraba corto y ponía los ojos en blanco. Uno lo tenía siempre así, como blanco, revuelto. El Negro no le quitaba la vista de encima. Terminando la canción, o antes, ordenaba: —¡Fuera todos!

Nos íbamos ligero y calladitos. Esperábamos siempre en la misma parte, a la orilla del agua. Hablábamos de otra cosa, pero todos pensábamos en lo mismo. El Trauco protestaba porque a la Bacenica él la había llevado primero y después el Negro se quedó con ella, y que fue. Con el pie cojo se ponía a caminar muy ligero, dando vueltas, diciendo garabatos y a veces llorando. Los demás mirábamos para otro lado.

El Malo Eduardo, que era el más viejo, había de ser el que ponía el tema. Era un hablar de mujeres que nos dejaba mareados. Hablábamos de las elegantosas que iban al Club, de la hija del Gobernador, blanquita, con las piernas blanquitas, olorosa y llena de vesti-

dos. Todos aspirábamos a irnos a Santiago, ganar plata y volver después a tirar facha delante de los otros y a servirnos a la hija del Gobernador. Las películas nos tenían la cabeza mala, se puede decir.

* * *

Al Malo Eduardo lo mataron para unas elecciones. Yo todavía no votaba porque me faltaba la edad. Tenía dieciseis no más. Menos mal. Yo no hice el servicio por esta nubecita del ojo. Entonces la tenía más chica, pero igual. Menos mal.

Este Malo se vendía siempre. “Más vale sacar algo seguro”, era lo que decía.

Este año de que le hablo, también. Usted sabe cómo son los futres. Tan cómodos que no controlaban ni a sus carneros. Lo único que hacían era que, de vez en cuando, a uno lo echaban sin pagarle acusándolo de haber votado mal. Lo hacían de ejemplo, para que los demás se asustaran y votaran bien.

Está, pues, mi Malo, haciendo cola en la Secretaría cuando un dirigente, uno gordito, hace unos grandes revoleos de cola y dice: —Tú no votaste. ¡Para fuera!

El no se movió, porque sí había votado. El gordo se puso furioso y gritó: —¡Para fuera, sinvergüenza!

El Malo se anduvo enojando, y eso fue lo malo. Llegó y le dijo: —No me voy hasta que me pague, ¡me!

El gordo gritó: —Roto asalariado, ¡para fuera! —y le dio un empujón. El Malo hizo testamento: le dio

otro empujón. El gordo se puso colorado, pero no dijo nada más. Metió la mano al bolsillo, sacó pistola y le metió dos balazos. Eduardo cayó, puso los ojos huecos y se fue.

Al lado afuera tenían un carabinero de punto fijo. El mismo Gobernador lo había puesto ahí. A los disparos entró muy asustado. Se quedó mirando con ojos tamaños, el dos de oros.

El gordo explicó: —Trató de asaltar la Secretaría. Le disparé en defensa propia. Aquí son testigos.

“Aquí” no se sentían muy cómodos. Dos o tres mascullaron algo. Pero el carabinero estaba confundido.

—Sí, patrón —dijo—, pero yo tendría que dar cuenta allá y tengo que tomar nota...

Sacó la libreta y el lápiz, pero no hallaba qué poner. Se echaba la gorra para atrás y se rascaba la cabeza, mojaba con la lengua la punta del lápiz, hacía como que iba a escribir y, después de mucho, ponía dos o tres palabras. Pero se arrepentía, las rayaba muchas veces y vuelta a chupar la punta del lápiz.

Al gordo, tanta dilación le molestó. Le quitó la libreta y el lápiz: —Mire, yo hago esto. Usted vaya a avisar para que se lleven a este roto alzado.

El pascual quedó feliz. Pegó un gran taconazo, un gran “sí, patrón” y fue a buscar el carretón de la Comisaría.

El gordo le sacó al Malo el carnet del bolsillo, lo miró un rato y escribió como bala lo mismo que al otro día salió en el diario:

“En circunstancias de hallarme en la Secretaría del candidato del Partido Conservador, por disposición del señor Gobernador, un grupo de individuos no identificados que comandaba el extremista Eduardo Vidal, de 24 años de edad, chileno, soltero, intentó asaltar dicha Secretaría con cuchillos y armas de fuego. Al ser repelido el ataque, el individuo Vidal, que actuaba como cabecilla, resultó muerto”.

* * *

Y después, con el Gustavo, por el camino. Nos iba casi siempre mal, menos a veces. La cosa era entrar al pueblo o al fundo sin que a uno lo vieran los carabineros. Ni los perros. En veces, no era más que golpear la puerta y ya salía una comadre llega de finezas, pasen, pasen no más, y habría de par en par. Eran otros tiempos.

Uno pedía su modesto vasito de agua, pero se le ofendían. Lo que tiene que tomarse es un vaso de chicha con harina o una cañita de pipeño. A don Tránsito lo mandan a buscar a la otra pieza, que es el dormitorio. Ahí están las dos camas en que duermen los seis de la familia y entre las dos, la pipa, goteando todo el salto día en un lavatorio de fierro enlozado, que también sirve para hacer ensalada en grande cuando hay visitas. Con la chicha o el vino, la conversa.

—Ustedes no son de por aquí, ¿no?

—No, pues. Andamos a la busca de algún trabajo. Si usted supiera algo.

—Por aquí está malo. Los jóvenes como ustedes se van toditos. Cerca el pueblo, puede...

—Y el tiempo, ¿cómo ha andado?

—Malito. Llovió fuerte y de la cosecha anduvo perdiéndose un buen poco. Mucho trigo tendido.

Con la conversa entra la amistad. Ya luego viene la guitarra.

El perro de la casa entra, sale, salta y, sobre todo, ladra. Porque una mosca, un pájaro o una nube pasó, ¡qué tragedia! Después va detrás a ladrarle a la única vaca flaca que a don Tránsito lo dejan tener. La vaca masca un poco de pasto seco, da vuelta apenas la cabeza y mueve la cola. Mala señal. Pero el perro más se indigna y más ladra, hasta que la bestia se molesta y le pega una patada así, medio de lado, como las vacas. Por allá sale el perro llorando que es un contento.

* * *

También había algún amor por ahí. Esas mañanas...

Ella se asoma a la ventana y, como no hay nadie, le dice que salga no más porque, si la llega a pillar la señora... Uno obedece. La besa y le aprieta los pechos en señal de adiós. Ella se aparta con enojo fingido, no las conocerá uno.

Afuera, el rocío todavía moja los yuyos de la "calle",

el sol deshace la última neblina, dos ovejas se paran de golpe y se quedan mirando, novedosas.

Ella cierra la ventana demorándose mucho, mirando, mirando. Uno se sube el cuello de la chaqueta, mete las manos en los bolsillos y camina. Pero, ¿qué es esto suave dentro del bolsillo? Es el pañuelo de ella. Un pedazo de trapo medio torcido, cortado y cosido por ella, con olor a colonia fuerte y una mancha de lápiz de los labios. Uno se pone romántico, se lo lleva a la boca y lo besa ahí mismo, donde está la mancha. “Como chiquillo chico”. Bah, pero es fuerte el recuerdo de la noche pasada, el recuerdo de una mano grandota, olorosa a cebolla.

Pasan unos pavos colorados, almidonados y seriotos y los sigue un chiquillo a pata pelada, que trae una varilla en la mano y en la cabeza, el sombrero del papá, con el tafilete muy relleno de papel para que no se le caiga.

Un vientecito fresco sacude los álamos y se le cuela a uno por el cogote. “¡Qué diablos!”, uno se encoge de hombros. Deja caer el pañuelo como por descuido. Suspira.

Pero no vuelve renunca.

* * *

O si no, esas rancheritas de montaña que bajan y se emplean en fundo. Esos son amores de domingo.

El domingo ella baja al pueblo. Lleva cinta en el pe-

lo y tiene la cara empolvada. Al caminar, deja un olor fuerte, antes de los veinte no es malo, un olor ácido a sudor mezclado con colonia. Porque todavía, antes de venir, tuvo que bombear agua del pozo y hacer varios viajes con el balde chorreando. Se salpicó un poco los zapatos. Con el esfuerzo manchó la blusa debajo de los brazos en dos grandes nubes de color.

Va a la matiné con una amiga. Ven dos películas que las hacen llorar. Después, al baile del Club Social. Allí está uno, el carajo, esperando. El secreto está en la rapidez y en bailar mucho, con muchas vueltas y con trago entremedio. Ella se sube al guindo y suspira. Uno le mete la rodilla entre las piernas.

Luego: —¿Quiere que salgamos a tomar un poco de fresco, mijita?

Ella: —Qué se ha creído, joven— pero viene.

Detrás de una tapia, entre cicutas, uno la tumba y exige: —¡Sácate los calzones!

Ella tiembla entera y murmura: —Usted . . . no me quiere.

—¡Cómo no la voy a querer, prenda! Si éste es nuestro amor.

—Ay, pero suélteme, no me . . . Pero no me vaya a hacer mal, pues. ¿Y si me hace una guaguita?

—No. ¡Cómo se le ocurre, mijita! ¡Cómo voy a querer hacerle mal!

Después uno se va y no vuelve renunca.

Al cabo de un tiempo ella empieza a notarse más an-

cha y más . . . señora. Le suben nuevos colores, está llena. Le dan mareos cuando bombea el agua.

Cuando la patrona se da cuenta, buena cosa que grita (con la idea de que el padre pueda ser alguien de la familia talvez) : —Se me va con viento fresco, la descarada. ¡A tener el chiquillo a otra parte!

Ella vuelve llorando al rancho de donde salió, con el mismo atadito de ropa que trajo. Es casi de noche cuando llega, cantan los sapos y la madre está sentada a la puerta fumando un cigarrito.

—¿Qué le fue a pasar, hija?

—Voy a tener guaguüito.

—Ya se descuidó, pues hija.

Cuando el hijo nace, le buscan un nombre que suene bonito: Fernando Aguirre, Juan Waldemar de los Ríos, Sixto Basualto. Cuando el niño pregunta por el padre, le dicen: —Tu padre murió cuando eras guagua. Era malo y tomador. Casi mejor que se haya muerto.

Pero el Gustavo no era de esos. Se aquerenció con una negra chilota que estaba en Chillán pasando una temporada con una "tía", dijo. El Gustavo era propenso al cariño y a que le metieran el dedo en la boca. Discutimos, peleamos, conversamos varias botellas y no llegamos a nada. Entonces nos dimos la mano, como personas de buena crianza, y me quedé solo. No por mucho tiempo, tampoco. Cuando uno anda así, por el camino, la compañía no falta, buena o mala.

Y hay otra cosa: si a uno algo no le gusta, se va. No hay amarra. En cambio, aquí en Varazón . . .

* * *

¿Cuánto rato había pasado? Me levantaba con el cuerpo tieso, entumido. Empezaba a caer esa llovizna de lado que moja hasta el escapulario. Medio embotado, con la cabeza pesada y muchas ganas de irme y de no irme, rabia, sed, frío y qué se yo, bajaba a la playa. Me iba hasta Varazón a tropezones, pateando los huiros imbéciles, echando puteadas solo y a ratos riéndome porque, ¿se ha visto algo más para la risa que un cristiano que rabea solo?

En el fondo, todo era por la Rosario. Y algo también por la gente de Varazón. Nunca antes nadie me había hecho juicio en algo. Ahora yo era un alguien. Persona. Es decir, era como cualquier otro, o más. No era un vago. A lo mejor se podía vivir de otra manera, no sé como decirlo. Perdone.

IV

EL CARABINERO Y EL KRUMIRO

cuando apareció el cazador. La gente llegó de todas las
partes. Se espantaron como moscas. Rojas bajó con cara
de asustado y se abrió camino entre las mujeres y los
niños hasta llegar donde se encontraba con Krumi
y el carabainero, muy de bruces corridos. La disciplina fue
corta, hubo arreglo. Después volvió al pueblo como
de costumbre y para hablar para que nos libéramos de ellos. Has-
ta a Rojas le habíamos y le habíamos sacado de
poco a poco. El se fue diciendo adios con la gente.

En la noche, él se fue al mar. El mar se llevó sus
baterías. Con eso el otro día ya había estado de buena
tacha y todo salía bien.

Después apareció el cazador...
Llegó, como siempre con los...
La expedición...
se fue...

LA HUELGA TERMINÓ. Y no miento si digo que los más extrañados fuimos nosotros mismos. Porque terminó bien.

Habían pasado 14 días. Serían las 10 de la mañana cuando apareció el camión. La gente llegó de todos lados. Se apiñaron como moscas. Rojas bajó con cara de apaleado y se abrió camino entre las mujeres y los chiquillos hasta llegar donde lo esperábamos don Rena y el suscrito, muy de brazos cruzados. La discusión fue corta, hubo arreglo. Después todos se pusieron como locos y poco faltó para que nos llevaran en andas. Hasta a Rojas lo palmotearon y le hicieron musarañas, de puro contentos. El se fué diciendo adiós con la mano.

En la noche, la fiesta fue grande. El mar se llevó dos botes. Con esto al otro día ya hubo motivo de lamentación y todos fuimos felices.

Bromas aparte: se sentían bien. Alguien, creo que Lagunas, echó a correr una frase: "Estamos grandes". La repetían a cada rato, se reían como niños chicos.

* * *

Para que la huelga fuera completa, también hubo un krumiro. Había salido solo el lindo, calladito, y creyó que nadie lo había visto. Fué a sacar el pescado por allá lejos, en la Playa Amarilla, donde Rojas iba a írselo a buscar después, parece. Amarillo se puso él cuando salimos de las rocas los cinco de la Comisión, que lo estábamos esperando. Después se puso de otros colores. No le dimos tiempo a arrancar de nuevo en el bote y le explicamos. Le explicamos tupido y lo dejamos ahí mismo botado. Don Lautu nos paró cuando ya estuvo bueno de explicaciones.

Uno de nosotros llevó el bote de vuelta a Varazón.

Después fué el carabinero Luna el que encontró al krumiro.

Si Luna no se hubiera llamado así, le habrían dicho así. Tenía la cara blanca y redonda, el pelo lacio, sin color, siempre andaba con la boca abierta. Era grande, gordo. Parecía una guagua crecida y con pañales de carabineros; porque la ropa le quedaba mal y le formaba bolsa por todas partes. Siempre tenía que andar chupando algo: si no era el pito, era un pedazo de pan o una punta de cochayuyo.

La mamita de Luna le puso al averiado unas yerbas machacadas en la cara y en los costados, y unas telarañas en una herida que se le hizo en la mano. Ella era chica y de cuerpo redondeado, pero la cara la tenía sumida y arrugada. Todo el tiempo usaba cascarita de papa en la sien y le salía de las ropas o de las carnes un olor a guardado, a pan con percán, a dulce azuma-

gado. Al comienzo ese olor me recordaba algo, no sabía qué. Después me acordé. En mi pueblo salíamos siempre a buscar bichos: arañas peludas, alacranes, caballitos del diablo, lo que fuera. Los echábamos en los lustrines y después se los vendíamos a los cabros del colegio de los curas. Cuando teníamos los bichos guardados varios días seguidos, salía ese olor rancio, como dulce de la mamita del carabinero Luna.

Luna había instalado al krumiro en su propia cama. Cama incómoda, si se quiere, con un palo en la mitad, que al krumiro le hacía doler todas las explicaciones y no lo dejaba dormir. A pesar de todo, algo durmió o dormitó casi todo el día. A la oración apareció el dueño de casa, se sonrió al ver la cara hinchada del alojado y lo convidó a tomar unos mates. Por ley, hubo conversa.

—¿Qué le fue a pasar amigo?— dijo Luna.

—Mmh— hizo el otro, con la bombilla en la boca, por no comprometerse. Sonó el final del mate y la mamita se lo quitó de las manos. Tuvo que decir algo más: —Cosas que pasan, pues.

—Malo, malo— dijo él. —Aquí todo se sabe. ¿Usted es nuevo por aquí?

—Más o menos.

—¿Cuánto tiempo que está?

—Dos años.

—Por eso . . . Bueno, pues— hizo pausa para empezar el otro mate. —¡Pucha que está caliente, mamita!

Ella lo tomó y se lo afirmó en la cara, sin hablar.

Movió la cabeza y eso quería decir que estaba bueno, porque se lo devolvió y el uniformado siguió tomando, a chupadas cortas. Mientras tanto, ella estaba parada detrás de él y le pasaba la mano por la cabeza despeinándolo un poco, con cariño talvez, pero sin demostrar nada.

—¿Y cómo supieron, pues?— insistió el krumiro.

—No se ponga nervioso— dijo Luna. —Mamita, ¿por qué no trae más cerca el brasero, así no tiene que molestarse usted y puede ir a hacer otra cosa que tenga que hacer, ¿ah?

Ella se quedó igual que si no le hubiera hablado.

—Bueno— Luna se encogió de hombros, —si acaso quiere.

Se quedó callado, pensando.

—Oiga, pues— dijo el krumiro, —¿cómo que supieron que yo . . . este . . . que yo había salido a buscar pescado?

—No— dijo él, —nunca se crea que aquí algo va a poder estar secreto. Una vez, yo mismo . . . — se interrumpió y miró de refilón a la mujer: —Mamita, ¿por qué no va a buscarme unos cigarritos donde Peña? Le dice que me los fíe, que después yo paso.

Ella dió media vuelta y salió.

—Bueno, bueno, bueno— sonrió, pegó una chupada más, el mate sonó. Comenzó entonces muy tranquilo a cebar otro, mientras el krumiro se retorció de impaciencia. Luna siguió: —Una vez yo mismo, fíjese,

cuando recién llegué por aquí, iba en el Camarón, el alazán mío, ¿usted lo conoce?

—Sí.

—No. Yo no creo. Porque el que tengo ahora no es el mismo. Era otro que yo tenía antes.

—Sí, claro, claro . . .

—Este de ahora es más nervioso. El alazán era una taza de leche. Bueno, pues. Le decía que yo iba haciendo ronda y se me ocurre dar una vuelta por el bosque de los pinos. Voy por ahí cuando me encuentro a una chicuela que usted debe conocer, a lo mejor, hija del campero de Miracosta. Descarada la diabla, siempre lo ha sido. Me quedó mirando, hablamos y a poco la llevé en ancas. La senté atrás y yo me monté dando la espalda a las riendas, para quedar de frente con ella. Usted sabe como es el Camarón, ¿no? Es decir, como era.

—Sí, sí— dijo el krumiro, nervioso, —muy manso.

—Cierto. Pero no como el que tengo ahora. En éste no se puede hacer esto; ir dos personas y todavía uno, el que lleva las riendas, vuelto para atrás. —Le ofreció el mate—. ¿Se sirve otro?

—Gracias.

—Váyase con tiento, que está calentazo. ¿De qué le decía?

—De la niña esa, de cuando usted la llevó al anca del Camarón.

—De veras. Bueno. Ibamos platicando la amistad mientras el Camarón, pasito a pasito, se iba saliendo

del camino y metiéndose por entre los árboles. De repente, una rama muy baja, no nos dimos ni cuenta porque veníamos entretenidos y... ¡a tierra! No nos pasó nada y en vista que yo había caído encima y que el suelo era blando, aprovechamos. Así fue, pues.

Se echó para atrás, riendo entre dientes, muy satisfecho, con dos manchas rojas y redondas en la cara.

El krumiro rió también, confundido. Después tartamudeó: —Conforme. Pero, ¿qué tiene que ver eso con... lo otro?

—Lo mismo. Lo que yo le decía: que todo se sabe. Por ahí donde yo anduve con la chicuela no había nadie, ni un alma. Pero todos supieron. Esa misma noche, mi mamita me preguntó muy enojada con quién había andado sesteando en el bosque. ¿Se dá cuenta?

—¿Entonces?

—El día que usted salió al camino allá cerca de la loma, en la noche, y se puso de acuerdo con Rojas, al otro día todos supieron. Y se prepararon.

El krumiro se quedó callado. Se movió con cuidado para no poner sus dolores sobre el palo de la cama. Hizo sonar el mate y lo devolvió al carabinero, que lo miraba con una sonrisita.

—Bueno— dijo. —así que todos supieron. ¿Y usted, supo?

—Ah, no. Yo no supe nadita. Esta gente nunca le cuenta nada a su carabinero. ¿No es cierto mamita?— terminó hablándole a la vieja, que volvía.

Esta le pasó los cigarros y los fósforos callada, como

amurrada, y de repente le dijo con mucho fuego: —¿Terminó ya de hablar de sus herejías? Si yo no soy ná tonta, mire.

Luna se puso colorado hasta las orejas: —¿Yo? ¿Cuándo?— abrió los brazos en gesto de inocencia y puso por testigo al krumiro: —¿He dicho algo, yo? ¿Alguna mala palabra? ¿Alguna cosa? ¡Ni esto, mamita! ¡Se lo juro!— y se besó los dedos en cruz.

La mamita siguió mirándolo muy severa, con los brazos cruzados y la boca fruncida.

El krumiro estaba hecho un mar de confusiones: —Oiga, pero usted, mi carabinero, ¿está de acuerdo con la huelga ésa?

—Yo pertenezco a los gloriosos carabineros de Chile— contestó Luna, poniéndose muy serio. —“Orden y Patria. Deber y Abnegación”. Y nosotros tenemos nuestro mandamiento de defender la bandera de la Patria de los elementos que quieren... de los revoltosos, todo eso. Esa es la cuestión, ¿entiende? Pero no estamos para andar defendiendo krumiros tampoco. Por lo menos, eso me pienso yo. Porque eso de botarse a krumiro es muy feo, por más que a veces uno comprenda por los muchos chiquillos, la necesidad, todo eso, ¿ve?

—¡Cambie de tema, no más!— dijo de repente la mamita. Y salió de la pieza con el moño muy parado.

El krumiro se mordía los labios callado.

—Bueno, bueno, pues— dijo Luna. —No se amargue tanto, hombre. Total, la hinchazón, los dolores y

los moretones ya pasarán. Los de Varazón no son gente rencorosa . . .— recordó de pronto: —Oiga, ¿le ha molestado mucho ese palo de la cama?

—¿El qué? ¡Ah! ¡Sí, mucho!

—A ver, permítame.

Mientras el krumiro lo miraba con los ojos abiertos de par en par, el carabinero Luna lo hizo apartarse un poco, metió la mano y sacó de entre la sábana y el colchón un gran trozo de leña. Le guiñó un ojo y mientras balanceaba el leño para lanzarlo a un rincón, dijo tranquilo: —Sí, creo que ya estaba bueno.

V

ROSARIO

YO QUERÍA, eso sí, hablar de otra cosa. De la Rosario. El día de la fiesta, cuando terminó la huelga, nos fuimos caminando por la playa hasta la rompiente del Sargento. Era el último día despejado del otoño, se puede decir. Ya iba a comenzar el invierno, que se veía venir mojado. Pero esa tarde parecía de verano. Apenas soplaba el viento. Del suelo subía un calor especial. Estaba oscuro y despejado, con tantas estrellas que daban ganas de tirarse al suelo y estarse tres años mirándolas. O ponerse a llorar a gritos.

Nos fuimos caminando muy despacio, yo silbando, mano en bolsillo; ella, azotando la arena con una ramita de sauce. Dos o tres veces le dije que nos sentáramos, pero ella no quiso. Y a mí se me secaba la boca a cada rato y no podía silbar. Por fin nos instalamos entre las piedras grandes, cerca de la rompiente. Era como estar metido adentro de un caracol, porque el aire zumba y abomba la cabeza. No sé de qué hablábamos, pero pensábamos en la misma cosa, en eso mismo. Poco me demoré en abrazarla y besarla. En el último minuto le vino algo raro, gritó y me azotó con la rama, pero no era hora de discutir y la hice feliz no más.

Volvimos sin hablar, caminando como borrachos. Yo pensaba que ella estaba enojada, o triste, o qué se yo. No me quería dar la cara. Pero, cuando íbamos a llegar a las casas, me besó de repente y partió corriendo.

Después fué como un viento desatado. Antes nunca me vino así. Sólo con ella quería estar; y ella, sólo conmigo. No sabíamos de la tierra que pisábamos y era un ardor que no se calmaba.

En las noches, yo la esperaba en los pinos, en la humedad, detrás de las casas, con sombrero y envuelto en un poncho, estornudando y con la cara ardiendo de puro enamorado, y de frío.

Ella llegaba a paso ligero, con la cabeza inclinaba y muy tapada —yo la llamaba “mi monjita”— y cada vez volvía a ponerse colorada.

Nos íbamos sin decir nada, abrazados, mirando el cielo bajo, encapotado, que dejaba ver de repente un recorte de luna y una estrella loca y que luego se llenaba otra vez de escuadrones. De repente venía un gran viento con olor a fogata de leña húmeda; o teníamos que esperar debajo de un árbol, afirmados en el tronco mojado, que pasara el chubasco. Nos sonaban los dientes. Debajo de los pies fríos chiqueteaba el barro pegajoso y alguna gota nos encontraba el camino del espinosa y nos dejaba tiritando. Nos mirábamos a los ojos y nos dábamos beso y beso hasta quedar encendidos, borrachos, con ganas de morir.

O, si no, cuando nos poníamos “hermanitos”, como ella decía, caminábamos tomados de la mano, nos reía-

mos solos sin saber para qué hasta que nos venía tos de tanto reir, y más risa. Ella se me arrancaba dando resbalones por lo oscuro, riendo despacio, así como ronquita que es. Y yo detrás, corriendo, cayéndome y saltando de más, perdiéndola y encontrándola, con el vestido blanco y el mantón negro en la cabeza con la punta bailando atrás, hasta que la pillaba, la tumbaba y le daba un mordisco en la cara; o en la nariz. Ella se quejaba, hacía como que le dolía y terminábamos riendo de nuevo. Yo le ponía una mano en el pecho. Pero ella se retiraba, muy seria. Rodaba a un lado y se paraba ligero. Yo la seguía. Caminábamos uno al lado del otro sumamente fieros, como cuatro pasos. Y otra vez nos tentábamos de risa. Ella corría y me tiraba un pelotón de barro. Yo le tiraba otro.

Hasta que por fin llegábamos a la casa de la Gertrudis, viuda y fea, donde había un gran brasero; y a la cama se ha dicho. (Después lo terrible era salir de nuevo, regresar antes que saliera el sol, llegar muertos de frío hasta la entrada a Varazón y calabaza calabaza cada uno para su casa).

¿Cómo no nos morimos, no nos apulmonamos? No sé, parece que es cuestión del amor, mejor que una camiseta de lana. Como dice el verso:

*Pa espantar un costipado
no habiendo mejor remedio
que un sudor bien galopeado
con un cariñito al medio.*

A veces nos quedábamos conversando horas y horas

a todo imperio. Yo era el que hacía el gasto. Le conté toda mi vida, como las putas, y la vida de varios más. Era lindo mirarla. Me oía sin respirar, con los ojos brillantes y los labios abiertos. A veces juntaba las manos como para rezar, cuando en el cuento me iba mal; o palmoteaba y se ponía feliz; o se ponía dolida, cobrando sentimientos cochinos, cuando hablaba de alguna mujer. Del Cojo le hablé largo. Le conté cuando anduvimos juntos.

VI

EL COJO

EL COJO tenía una pata de palo. Trabajaba de organillero. El organillo también tenía una pata de palo.

El día que me encontré con él, todos estaban borrachos. El suscrito, también. Me puse belicoso y me enojé con el mono del organillero, que sacaba la suerte. El mono bailaba arriba de las mesas y pasaba de una a otra. Cada vez que yo lo miraba, me mostraba la lengua. La tenía negra. Hasta que me enojé y lo aplasté de un botellazo. Poco mono quedó para contar la historia. Yo le dije: yo estaba borracho. Los demás, también.

* * *

Al Cojo mi actitud no le pareció bien y me disparó una taza. Nos pegamos un rato hasta que quedamos los dos botando sangre y muy cansados. Después nos bajó la amistad y terminamos tomando juntos, llorando y llamándonos de "hermano". Juramos que nos íbamos a ir juntos a correr tierras.

—¿A dónde? —preguntó el Cojo.

Yo me saqué un zapato y lo tiré para arriba. La punta cayó marcando el Sur.

Usted no me va a creer. Usted pensará “eran cuestiones de borrachos”. Está bien. Eso no se niega. Pero además éramos cumplidores de la palabra (y no teníamos algo mejor que hacer). Al otro día, de mañana, partimos.

En total, fue como un año que anduvimos juntos por esos lados. O mejor, yo a la siga de él. Hombre bueno para caminar como no se ha visto. Con el organillo al hombro, se las echó adelante tranqueando y me tuvo al trote todo el año. No se le notaba cansancio ni nada y era águila para encontrar motivo y manera de hacer negocio. La desgracia es que era tan bueno para el trago.

Cuando perdió el organillo, había tomado más chicha de la que se debe. Iba ladeado arriba del caballo, con el instrumento terciado a la espalda. Yo venía trotando detrás, pero sin cabalgadura. El Cojo no había querido llevarme al anca. Le grité varias veces que subiera al camino, pero no quiso. Venía al borde mismo del agua. Hasta que el caballo dió una pisada en falso. El Cojo se descontrapesó, el organillo se le resbaló de la espalda y se le colgó del cuello. Al hombre se le saltaron los ojos. Se agarró como desesperado del cogote del caballo, que pataleaba, medio de lado, sin poder salir del barro. El Cojo apenas podía respirar, ya que el organillo lo tenía medio ahorcado, y se iba doblando poco a poco, con la cara morada. La salvación fué que entonces la correa se cortó —harto gastada estaba la pobre— y el organillo cayó al agua. La corriente lo lle-

vó ligero. Flotó a medias un poco, dió dos vueltas como saludando y se hundió con gorgoritos.

El Cojo era buscavida. Sabía encontrar la manera de ganar. Una vez que perdió el organillo, no se iba a poner a llorarlo. Continás que el llanto nunca le ha dado al hombre qué comer. A la mujer, puede. A veces. Al hombre, nunca.

* * *

Nos dedicamos al boxeo. El hacía de empresario y yo era un campeón de Santiago que andaba en jira de descanso. Si el pueblo era chico chico y pobre pobre, podía pasar por Fernandito. Si era un poco menos chico y un poco menos pobre, por Carabantes. Si era así, digamos, regular, por Dinamarca.

Las primeras ganancias las gastamos en unas zapatillas y en una bata de seda brillante que compramos muy barata, salvada de incendio. No la habían salvado muy bien, porque estaba en varios trechos tostada y, si uno la sacudía un poco fuerte, quedaba el agujero. Un club de fútbol de Trupán me regaló dos pantaloncitos: uno negro y uno blanco. Después quedaron iguales. También nos compramos dos pares de guantes de box del porte de mi cabeza. No los usaba casi nunca, porque decían que así no era gracia. En Pinto, el Cojo los cambió por unos pantalones y un par de zapatos. Lo de los zapatos fué derroche, porque él usaba uno solo y el otro lo botó.

No se puede decir que nos fué mal. Yo tenía que aguantar dos o tres golpes, después hacía unos bailes y unas fintas, y de un par de quiñazos desembarcaba a los valores locales. En total me ganaron pocas veces. No me convenía perder, porque encima el Cojo cargaba conmigo y la sacaba doble. Cobrábamos dos pesos la entrada y a veces hasta cinco, según donde fuera el combate.

Una vez, me acuerdo, en Lipaique, me tocó pelear con un peón del fundo "El Rosario". Duro el hombre. Tenía una cabezota enorme y no me gustó nada cuando lo vi. Empezamos a pelear. El público estaba bien callado y lo único que hacían algunos eran sacarle punta a unos palitos, mientras otros fumaban. Todos miraban con los ojos bien abiertos. Estábamos en una bodega que queda cerca de la plaza. Es de los mismos dueños del fundo. El ring eran unos sacos de trigo que habían arreglado al medio como una paltatforma. No era parejo y a cada rato uno se torcía los pies. Había mucha tierra en el aire y yo estornudaba parejo. Además me corría un viento helado por la espalda. La contra para mí era que yo tenía que pelear con el puro pantaloncito, a lo boxeador. En cambio el otro, Guerra le decían, estaba con camisa, chaleco, pantalón, ojotas y hasta chalina. Poco menos que a la fuerza le sacaron el sombrero, porque no quería, y el primer run lo peleó con el cigarro en la boca. Le dijeron que tenía que botarlo, pero ahí si que no aguantó, porque acababa de encenderlo.

Con todo eso y lo grande que era (sobre todo la cabeza), yo me puse nervioso. No hallaba cómo pegarle y además tenía miedo de que se enojara. La otra cosa que me tenía nervioso era uno que se había encaramado por las vigas, estaba casi pegado al techo y todo el tiempo gritaba con voz delgadita: “Gué-rrá, Gué-rrá, Gué-rrá”; y eso era lo único que gritaba todo el tiempo.

Al principio casi no nos hicimos nada. Yo hacía mis bailecitos y usaba las guardias y las cosas del box, pero el otro se quedaba muy tranquilo y me miraba no más, con las manos levantadas a medias y los ojos frucidos por el humo del cigarro.

Le pegué dos quiñazos con un poco de rodilla, pero no le hicieron nada. En cambio, él me entró un codazo al corazón que me quedó ardiendo todo el tiempo, y hasta el otro día. El Cojo también estaba nervioso. Yo se lo notaba en los garabatos. El de arriba gritaba: “Gué-rrá, Gué-rrá, Gué-rrá”.

El Cojo vió que yo no estaba bien y dijo que ya había terminado el primer run. Los demás no sabían que era, y además nos tenían respeto. No dijeron nada.

El Cojo me sobajeó y me insultó tanto que me dejó las orejas zumbando de rabia. Cuando empezamos de nuevo, largué una tupida para terminar ligero. Era igual que pegarle a una mesa.

Pero el otro sintió un golpe que le entré al estómago y se enojó, que era lo que yo creía que iba a pasar. Se me vino encima y de repente, como que subieron los

sacos de trigo del ring y me aplastaron la cara. Escuché unas voces y unas risas. Veía candelitas. El saco tenía un olor muy malo, como a tierra vieja, a cáscara de papa, a tusa de caballo. Y lo que más me desesperó fué, allá arriba, la vocecita delgada: “Gué-rrá, Gué-rrá, Gué-rrá”.

Empecé a levantarme como pude y, cuando estaba de rodillas, llegó el otro, tomó impulso y me pegó una gran patada. Caí de espaldas y no supe más. (Estuve tres días con la ojota marcada en el vientre).

Pero, en total, me pegaron pocas veces. Pasé un tiempo sin entender por qué el Cojo se enojaba tanto cuando yo perdía porque, perdiera o ganara, siempre nos quedábamos con la plata de la entrada y nos íbamos a partes iguales. Después vine a saber que el Cojo apostaba por mí y con eso ganaba más que con la entrada, que a veces no eran más que unos pocos pesos locos. Cuando me dí cuenta se lo dije y él se ofendió rápidamente. Estuvimos tres días enojados.

* * *

Poco después el Cojo perdió la pata de palo. Todo porque yo le hice burla cuando veníamos de vuelta del bar, y él empezó a perseguirme. Corriendo y cayéndonos fuimos a dar al paso a nivel y pasamos sin fijarnos. A mí la cura se me espantó de golpe cuando ví que el Cojo caía en la línea y que el tren ya estaba encima. Mientras iban pasando los carros — ¡buena cosa el tren

largo!— yo iba pensando pobre Cojo, cuánto tendría más o menos para el entierro, la muerte fea que había de llegarle, ojalá me quedaran unos pesos a mí.

Y nada.

El hombre estaba vivo y más enojado que nunca: el tren le cortó la pata de palo.

* * *

Cuando nos tocó duro fue cuando instalamos la Academia de Box y Baile Clásico en Parral. Le dije mucho al Cojo que no se metiera con esa mujer, y que a ninguna mujer le podía gustar en serio un Cojo; pero el otro insistió tanto y tanto que al final yo me encogí de hombros y me callé la boca. Después vino el sufrimiento. En fin, siempre queda la experiencia.

Lo malo del asunto fué que la ñata era hija de un dirigente de la Asociación de Comerciantes y, cuando la cosa se supo, llegaron todos y armaron el desastre: quemaron la Academia y a nosotros casi nos mataron, especialmente al Cojo. Tanto fué que al final ella misma lloraba y decía que no le peguen tanto, por Dios. Después de todo, parece que le había tomado algo de cariño.

* * *

Nos hicimos fakires.

El Cojo era bueno para el negocio. Hablaba como

un candidato y convencía a cualquiera. Vendíamos piedras blancas para la suerte y yerbas para el empa-cho, para el mal jurado, para no tener guagua y para que los novios fueran fieles. Decíamos la suerte. También teníamos espinas de la corona del Señor, astillas de la cruz, botellitas con agua de la que le manó costado cuando le dieron el lanzazo y piedras con cruz.

Me acuerdo una vez, en Quihuín. El Cojo me retaba a cada rato: “El ayudante del fakir tiene que ser todavía más misterioso que el fakir”, decía.

El primer día nos instalamos en la plaza, que era una manzana vacía al medio del pueblo. Había pasto alto y algunos árboles chascones. Andaban culebras y dicen que también iguanas, aunque rara vez se ven al sur. Había dos caminos que atravesaban la plaza. Uno iba a dar del correo a la iglesia y lo habían hecho los curas con los chiquillos de la escuela. El otro camino, que cortaba en cruz al anterior, iba de la casa del alcalde al retén y lo habían hecho los presos. En la noche, y siendo verano como era, resultaba peligroso porque uno se podía tropezar con las parejas.

Nos instalamos en una punta de la plaza y luego se juntaron como veinte, casi todos trabajadores de los fundos. Era sábado, día de pago y estaban abiertos los dos bares: “La Rosa Chilena” y “Los Chincoles”. Abrían los viernes, los sábados y los domingos, el resto de la semana estaban cerrados.

Compraron de todo un poco. El Cojo hablaba bonito y yo me movía de allá para acá, bien tieso. Los dos

andábamos con unos turbantes de género brillante que hicimos con una bata que me regaló la dueña de un hotel de San Rosendo.

Entre el sábado y el domingo gastamos todas las ganancias. Deberíamos haber partido el lunes, no daba el pueblo para más, pero al Cojo se le puso que quedarse y quedarse porque nos podía ir bien. No cayó nadie en todo el día, excepto la lluvia, que nos mojó enteros y nos llenó de barro las dos maletitas: la grande, de la ropa, y la chica de la mercadería.

Como a la una aparecieron unos chiquillos y se pusieron a mirarnos. No se movían ni decían nada. A veces los correteaba yo y otras veces, el Cojo. Arrancaban un poco, pero después volvían, a pasito a pasito, y se quedaban otra vez. Así estuvieron mucho rato, hasta que de repente uno gritó algo raro y todos se fueron corriendo.

Pasó el día y nadie más vino. Parecía que todos se habían muerto. El Cojo agarró una culebra y la guardó en la maleta chica. Tuvimos que sacar todas las demás cosas para hacerle lugar.

Dormimos ahí mismo.

Despertamos con calambres, con el cogote tieso y sumamente habitados. Y el Cojo siguió emperrado: quedarse y quedarse. No apareció nadie en toda la mañana. Estábamos, para qué hablar, tres días sin lavarnos y con un hambre del porte de un buque.

Por fin cayó la señora. Era bajita y redondita. Se le notaba que debía tener algo de plata. Andaba toda de

negro y con un sombrero de vieja, chico y redondo, igual que ella.

El Cojo se puso en facha.

—Cruza los brazos y mira fijo, jetón— me dijo.
—Así tienen que estar los ayudantes de fakir.

—Tú serás jetón—, pero le hice caso.

La señora se paró delante de nosotros: —Buenos días, jóvenes. ¿Ustedes son los que ven la fortuna?

El Cojo movió la cabeza diciendo que sí, pero al revés, de abajo para arriba, y no dijo nada.

La señora quedó impresionada. —Bueno— dijo, y largó una risita como de bisagra. Después miró a todos lados, estaba como avergonzada: —Yo quería que usted me dijera algo sobre el futuro y esas cosas...

El Cojo pegó un grito terrible. (La señora casi arrancó). Después puso los ojos en blanco y empezó a tititar como enfermo. Decía cosas raras y le goteaba la transpiración por la frente.

Perdone: yo sé que soy ignorante, pero entonces era más; agréguele que llevaba tres días sin lavarme, sucio, hediondo y legñoso, y tenía tantísima hambre: la cosa es que por un momento creí que el Cojo era fakir de veras. ¡Palabra!

La señora estaba muy asustada, pero al mismo tiempo se moría de ganas de saber lo que decía el fakir. El Cojo pegó otro grito más suave y dijo:

—El espíritu espera lo que guste averiguar no más.

La señora volvió a mirar a todos lados como avergonzada: —Bueno, joven— dijo, —yo querría saber si

la pensión de mi finado marido pasará ahora por el Congreso o no.

El Cojo dijo muy ligero: —Pasará pasará que no. Pasaré mucho tiempo antes de que pasara.

—Sí— dijo ella pestañeando, —¿en qué quedamos? ¿Pasaré o no pasará?

—Pasaré, pasará, pasará, ¡uy!— dijo el Cojo, poniendo el grito al final.

A la señora se le sonrió la máscara: —Ay, menos mal— suspiró, —fíjese que por las cartas me salía que no iba a pasar. Pero el abogado me dijo que sí, que iba a pasar, yo estaba en la duda. Ahora...

—Desconfíe de las cartas— le dijo el Cojo muy severo. Y a mí: —Ayudante, saque la piedra sacral.

—Sí, maestro— le dije yo, —¿cuál es la piedra ésa?

El Cojo me pegó una mirada de furia y sacó de la bolsita una de las piedras con cruz. Se la entregó a la vieja haciendo reverencias y cosas raras con los brazos.

—¿Cuánto le debo, joven?— dijo ella, y metió la mano gordita a la cartera. (Yo sentía que se me iban los ojos para adentro con esa mano).

El Cojo puso una cara tremenda: —¡Plata nunca! ¡Mis votos no me lo permiten!

—¿Cómo?— le dije yo, —¿estás loco? No tenemos ni...

—Pero sí podemos aceptar— siguió el Cojo, dándome un pisotón, —una gallina de envidia amarilla.

La estábamos comiendo, asadita al palo, cuando los

carabineros nos allanaron. Venía toda la dotación, los dos con cara de fiera.

—¿Dónde está el que dice la suerte?— preguntó mi cabo.

Nos quedamos callados.

—¡Habla, mierda!— le dijo el otro al Cojo, pegándole una patada.

—Bueno, bueno, bueno— dijo el Cojo mientras se sobaba, —je, je, je, je. ¿Quiere servirse un poco de gallinita?

El cabo no contestó, pero le gustó la idea. Parecía que había estudiado como se debe comer gallina. Dejaba los huesos tan limpios. . . El carabinero no era tan entendido, pero también comía.

¡Qué sufrimiento! Se me caía el real y sentía el estómago pegado. Cuando ellos llegaron, yo apenas había alcanzado a probar el ave. Pero a pesar del hambre, era más el miedo y se me ocurrió aprovechar que estaban comiendo para tratar de escapar. Me levanté haciéndome el tonto y empecé a sacudirme, a estirarme; y al tiempo que me iba apartando un poco de ellos. De repente pegué la carrera.

Alcanzaría a dar tres saltos cuando el cabo me alcanzó. Me dió un solo palo y me trajo a tierra. Sentía como si me hubieran dado un hachazo en el hombro, como si tuviera todo cortado: el hueso, los nervios, la carne, todo. El brazo me quedó entumecido y me hormigueaba. Me toqué con cuidado, pero no tenía nada roto, parece.

—Quería arrancarse, el niño— dijo el carabinero, y empezó a reirse.

—Tenía algo urgente que hacer— le contestó mi cabo. También se reía.

El Cojo para congraciarse, también encontraba que el asunto era muy divertido y largaba sus risitas, desgraciado. Pero el contento le duró poco.

La autoridad terminó de comerse nuestra gallina y se puso seria. Los dos carraspearon, escupieron y se limpiaron las manos en las casacas.

—Vamos andando— dijo mi cabo.

El Cojo se puso pálido: —¿Yo también?

—Vos también. ¡Andando!

Nos llevaron a empujones al retén. Toda la gente que no apareció cuando hacía falta, estaba ahora mirando, en las ventanas, en las puertas, en las calles. Venía una manga de chiquillos siguiéndonos.

Pasamos la noche en el calabozo.

Ahí en el retén de Quihuín le hice para siempre la cruz al Cojo. Hacía tiempo que tenía ganas de mandarme solo, pero no me había hecho la decisión.

—Multa de doscientos pesos o dos días de cárcel— dijo el cabo.

El Cojo se arrastró y lloró como una Magdalena, pero no hubo caso.

—¡Andando!— dijo el carabinero, —¡al calabozo!

El Cojo se quedó vacilando: —Bueno— dijo al final, —yo podría dar algo de la multa.

—¿Cuánto?— preguntó el cabo.

El Cojo empezó a buscarse por todos lados. Yo lo miraba sin interés, porque sabía que no tenía nada. ¿No habíamos estado dos días enteros sin comer, por falta de plata?

Pero la boca se me abrió sola cuando veo que este bandido saca, no sé de donde, un billete de cincuenta, uno de diez, otro y otro, cien pesos en total, arrugados y mugrientos, pero buenos, conforme a la ley.

—La multa es de doscientos— dijo el cabo.

—Tengo cien no más— dijo el Cojo. No se atrevió a mirarme. Alcanzaría para mí, por lo menos.

—Pasa— dijo el carabinero y le sacó la plata de las manos. —¿Qué hacemos?— le preguntó al cabo.

—Después vemos, ahora al calabozo.

Nos tiraron adentro a empujones. Todavía era temprano, pero eso ya estaba oscuro. Después de un rato, el Cojo empezó a decir herejías y yo . . . a reirme. Reía por no llorar.

El Cojo me miró enojado.

—¿De qué te ríes?— preguntó al final, —¿te parece cómico?

Yo me dejé resbalar, afirmado en la pared, hasta quedar sentado en el suelo. Me corrían lágrimas de risa y tenía el estómago removido y vacío. Del hambre no me olvidaba.

Nos quedamos callados un buen rato. El Cojo tenía una cara larga como día lunes. Con la pata de palo, se dedicaba a aplastar las baratas, una por una.

Cuando nos soltaron, nos fuimos cada uno por su lado. En un individuo como el Cojo, que muestra la hielacha de tal manera, no se puede confiar, ¿no le parece?

VIE

NEUMATICOS

CUANDO LE CONTÉ MIS SUEÑOS CON EL COPE, LA ROSARIO SE QUEDÓ PENSIATIVA. VII

—¿Qué le pasa?— le pregunté.

—Nada— NEUMATICOS

—¿Cada día, no me lo dice?— le dije yo por dentro, pero por fuera.

—¿Por qué?— dije después de un rato, y se quedó callada.

—¿Qué?

—¿Usted... y usted se queda así, como cuando...?— le dije de nuevo.

—¿Eh, cómo se le ocurre?— dije yo, pero sin darle a entender.

—Ya sé— dije ella, —no sé qué palabra es la que... al final le voy a decir, pero no me acuerdo.

—¿Pero qué?— pregunté yo, más curioso de lo que debería. — le dije yo.

—No sé— le dije yo, —pero le voy a decir la palabra.

—No sé— le dije yo, —pero le voy a decir la palabra.

CUANDO LE CONTÉ mis andanzas con el Cojo, la Rosario se quedó pensativa.

—¿Qué le pasa?— le pregunté.

—Nada— dijo, y echó un suspiro como una montaña.

—Cuidado, no me bote— le dije yo por broma, pero preocupado.

—Porai . . .— dijo después de un rato, y se quedó callada.

—¿Qué?

—Usted . . . a usted le gusta andar así, como entonces, ¿ah? Echa de menos . . .

—Pch, cómo se le ocurre— dije yo, pero me sonó a hueco.

—Yo sé— dijo ella, —yo sé que usted se va a ir . . .— al final la voz se le quebró, casi hizo un puchero.

—¡Pero no!— protesté yo, más enojado de lo que debiera, —¡las tonteras que dice!

—Si una es tonta, por fuerza ha de decir tonteras— retrucó ella.

Yo me sentí todavía más furioso y apreté los dientes. Nos separamos sin decir una palabra más.

No volvimos a tocar el tema, pero quedó la espina. Era cierto lo que ella decía. Yo me sentía acorralado. Ya todos nos daban por matrimonio y me guiñaban el ojo. Don Rena no decía nada, pero me daba unos polpecitos de suegro que no me gustaban para nada. Y hasta el cura se creía autorizado para hablarme, preguntarme que cuándo, que el hogar, que sé yo cuanto. Yo me reviraba de rabia.

Entonces pasó lo que pasó con el viejo Carmona.

* * *

Serían las cuatro de la mañana cuando desperté asustado. En la oscuridad divisé apenas al lado de mi cama al tonto Pedro. Me asusté todavía más.

—¿Qué, qué?— le dije, sintiendo que se me paraban los pelos, —¿qué pasa . . . quién . . . la Rosario?

Pero el tonto, que a esa hora no parecía tan tonto, me hizo callar, masculló algo enredado de unos pescados raros del mar y comenzó a tironearme de una manga para que lo siguiera. Metí los pies en las ojotas, me eché algo encima y salí con él.

Me llevó caminando muy ligero hasta cerca de la rompiente, más allá de la casa del viejo Carmona, que es la última de Varazón, por ese lado. Estaba oscuro. La luna se escondía y se asomaba por entremedio de unos nubarrones negros. Por fin, en una playita chica que la llaman El Baño de la Guagua, me mostró los “pescados raros del mar” que había visto.

Ahí estaban varados, entre tablas y restos de buque, muy apretados, tapando casi toda la arena de la playa, que es una tacita entre rocas, unos 45 neumáticos, envueltos en unos forros oscuros. Traté de pensar ligero en cómo aprovechar todo, cómo sacar eso de ahí, cómo venderlo, antes que los demás se dieran cuenta. Pero ya uno se había dado cuenta.

—Buen día— oí un vozarrón detrás de mí.

—Buen día— contesté, tratando de ver quién era.

El viejo Carmona, —canoso por todos lados: la cabeza, el bigotazo, los pelos de las orejas y los pelos de la nariz, del pecho y hasta de las piernas, que traía peladas hasta la rodilla— venía llegando de mariscar, con su canasto al brazo. (Le gustaban las cholgas al desayuno).

—¿Y esto qué fue?— dijo mirando los neumáticos.

—Algún buque que se ha hundido.

—Ha de haber sido ese diablo que venía del Brasil, según noticiaron, que piteó tanto hace tres noches...

—Sí...— dije yo, pensando en cómo ponerme de acuerdo con él para el negocio, porque yo solo...

Miramos de cerca la mercadería, olvidados ya por completo del tonto, que nos seguía pisándonos los talones. Cada rueda estaba bien forrada, en perfecto estado.

—¡Esto es oro puro!— dijo el viejo entusiasmado.

El tonto se puso a bailar feliz canturreando: —O-lo pu-lo, o-lo pu-lo...

Carmona le dió una mirada de furia y le pegó un coscacho.

—No...— alcancé a decir débilmente, mientras el tonto se detenía de golpe y empezaba luego a llorar, babeando.

—¡Cállate!— dijo impaciente el viejo. —Oiga, Porai, esto hay que ir a mercarlo al pueblo. Pero luego, ¡luego!

—Claro— dijo yo, dolorido todavía por el tonto, —pero para qué...

—Usted sale al camino ahorita— siguió Carmona, —alcanza hasta Santa Uvige y ahí ya puede pillar camión. Si puede...

—¡Malos, malos!,— gritó el tonto, en medio de su llanto, y partió corriendo. Yo dí un paso para detenerlo, consolarlo. Pero el viejo siguió sin pausa:

—...si puede contrata un camión y lo trae a buscar el flete mismo aquí. Si le olfatean o se le van muy alto, consiga que lo lleven hasta el pueblo y allá contrata. Mientras, yo saco todo de la playa y lo llevo a mi casa. ¿Hace?

El tonto ya se había perdido de vista. Sentí remordimiento (no mucho) y le dije: —¡Hace!

Tuvimos suerte.

A las 10 de la mañana ya teníamos los neumáticos vendidos y andábamos felizcotes por la ciudad, con tanta plata que no le veíamos término. Nos metimos en la peluquería más elegante que encontramos. Nos atendieron como de mala gana, pero con respeto. Es-

pecialmente, yo creo, por el revólver de Carmona, que se le marcaba debajo de la chaqueta. Nos hicimos cortar el pelo y afeitar. A mí me tocó un viejo muy peinadito, con unas lindas onditas dibujadas pelo por pelo encima de la azotea, y pegadas con gomina. A Carmona lo atendió un joven que hacía mucha reverencia y mucho gesto.

—¿Quiere que le recorte el bigote?— le preguntó.

Carmona lo miró como si estuviera loco: —¿Cómo?— le dijo, —¿el qué?

—El bigote, señor— dijo el fulano de lo más sonriente, —está un poquito descuidado. Tal vez un bigotito americano, más a la moda...

—¡No!

—Un pequeño recorte, señor. Tal vez un...

—Si no lo deja tal como está, lo capo— dijo Carmona.

El viejo que me estaba afeitando se puso tan nervioso que casi me deja la mitad de la cara sin cuero. El otro, lo hubiera visto, colorado como jaiva, tratando de disculparse, de hablar, y no le salía ningún ruido. Estaba entre ofendido y asustado, pero más asustado. Después quería como echarlo a broma, pero la cara no le respondía y se le estiraba para abajo.

Salimos más olorosos que una flor y con picazón en la espalda con motivo de los pelitos.

Fuimos a hacer unas compras. Primero entramos a una zapatería. Carmona compró unos zapatones engrasados con más suelas que torta curicana. Yo, unos

rebajados de charol, bien taconeadores. Después sacamos unas pilchas. A los dos nos gustó el mismo traje: uno azulito con rayas blancas. Por suerte había dos iguales. En sombrero teníamos gusto distinto. El eligió un guarapón grande, café oscuro. Yo, uno redondito, plomito, de ala corta. Y me compré una chalina blanca.

Yo quería llevarle unos regalitos a la Rosario, pero me daba plomo que el viejo supiera. Le dije que por qué no nos separábamos un rato y nos juntábamos más tarde en tal y tal parte, porque yo tenía que hacer una diligencia.

Parece que estaba en las mismas que yo, esperando la oportunidad de irse solo, porque dijo que bueno sin dilación. Quedamos de juntarnos media hora después, ahí cerca.

Por causa de la curiosidad, que siempre la he tenido, me quedé aguaitándolo y vi que enfilaba muy marchoso para una armería, donde se coló de rondón.

En la tienda de mujeres salió a atenderme una niña rubiecita, muy amable, toda de azul.

—¿Qué se le ofrece, señor?

—Bueno— le dije, —yo quisiera un . . . una cosa de esas . . . que usan para los pechos—. Accioné un poco para que me entendiera y se puso colorada. Yo también me sentí medio mal. La otra niña, que estaba en la caja, empezó a reirse. Me ardían las orejas.

La que me atendía sacó unas cajas: —¿Qué número, señor?

—Ahí si que me agarró— le dije, perdido, —no me dijeron nada de eso.

Nos quedamos callados, sin saber qué hacer.

—Mire— le expliqué, —los tiene así, más o menos— le mostré el hueco de la mano abierta. Sentí que la cajera chillaba de risa detrás de mí. La rubia, todavía más colorada, trató de hacer como que no le importaba: —Será del . . .— me dijo un número.

—Supongo— le contesté y de repente me dí cuenta de una cosa que no me había fijado: —Me, qué tontera— le dije. —No me había fijado. Los tiene de un porte con los suyos. Démelos del número que usted usa y estoy seguro que le van a andar bien.

La de la caja aullaba de risa, sin tomarse el trabajo de disimular. La rubia dió media vuelta y empezó a sacar cajas.

—¿Cuántos quiere?— me preguntó por encima del hombro.

Yo pensé que no había que ser tacaño: —Déme una docenita— le dije.

La cajera hacía un ruido como si se estuviera ahogando.

Cuando le pagué, apenas podía atenderme con tanta carcajada. Me dió rabia y le pregunté: —¿De qué te ríes, vaca?

Se quedó boqueando, con los ojos así. No dijo nada.

Fui a buscar a Carmona. Por el camino compré un saquito harinero y eché adentro los regalos y el paquete con ropa vieja.

El viejo me estaba esperando muy orondo, felicote. Era mucho lo que se contoneaba delante de mí, mano en cadera, con la chaqueta abierta. No le advertía la novedad, hasta que le miro el cinturón y veo que tiene otro revólver al otro lado.

—¡Buena cosa, don Carmona!— le digo, —así que se compró otro cañoncito . . .

Se esponjó como niña bonita y me lo mostró. Era un Mitihueso de los más grandes. Peligroso de mirarlo.

—Muy bonito— le opiné.

—¿Bonito, no?— me dijo.

—Sí— le dije yo, —muy bonito.

Le dió un par de vueltas de fantasía y se lo volvió a guardar. Después nos fuimos a almorzar al hotel.

¡Qué manteles tan lindos! ¡Qué bisteques tan anchos! ¡Qué vino tan caro! Y al final ¡qué siesta tan larga!

Bajamos como a las seis, pagamos la cuenta —porque pensábamos volver esa misma noche a Varazón— y salimos a tomar una rica onces, que consistió en sopaipillas con vino tinto. Las sopaipillas estaban hechas como Dios manda: en grasa (puede que de carreta), y dejaban una capa áspera en toda la boca y en el paladar. El vino era obligatorio. Cuando salimos, estaba oscureciendo y hacía su poco de frío.

No sé cómo fue, pero ya la voz se había corrido de que andábamos con plata y nos aparecieron amigos. Había unos estudiantes, especialmente, que al comien-

zo nos seguían a todas partes. Después, ellos nos llevaban.

Cuántos días anduvimos metidos por esos andurriales, no sé. Esté seguro de que fue más de una semana. Pero menos de quince días. Talvez unos doce. Hicimos lo que se hace en estos casos: nos metimos en cuanto bulín encontramos, tomamos de los tragos más variados, probamos mujer de todas clases, qué se yo. Ahora, cuando me acuerdo, pienso que fué una cosa idiota. Pero, como remoler, se remolió.

Hasta que yo dije: “¡Alto!”. Dije alto al despertar, con el cogote torcido, el traje nuevo empapado en ponche y con pedazos de durazno de tarro hasta en el pelo. Me levanté mientras la pieza se movía como un bote y me miré en el espejo con dorado. Me vi una cara de imbécil que a mi mamita le habría dado vergüenza. Cuando me acordé que un estudiante chicoco se había ido con la mujer que a mí me gustaba porque yo me caía de curado, y que había vuelto a pedirme plata prestada (¡y que yo le había prestado!), pensé que era más imbécil todavía.

Me lavé algo por ahí y partí furioso a buscar al viejo Carmona, abriendo puertas a patadas, recibiendo y devolviendo insultos, hasta que lo encontré. La niña me ayudó a vestirlo, a despertarlo y nos convidó café.

A las dos horas ya íbamos los dos de vuelta, con las caras largas y los caudales cortos. El viejo tenía la cara de un color verdecito y los ojos colorados. No nos hablábamos. Los dos íbamos caminando con el cuerpo

malo y lleno de rabia, cada paso nos retumbaba en la mollera, sentíamos mal gusto en la boca. El viejo hacía unos gestos que daban espanto. Después de mucho, me habló:

—Pasemos a componer el cuerpo por aquí.

Le dije que bueno, porque a mí también me hacía falta. Se notaba que era temprano, pero no sabíamos la hora. Aparecieron dos “azotados” que venían echando carrera con curados a bordo. Nos taparon a garabatos y nos salpicaron con barro cuando pasaron al lado nuestro. El cielo, menos mal, estaba bonito: lechoso y casi verde en cierta parte y más allá, amarillo, hasta salmón. El cuerpo se nos encarrujaba de frío.

Así que arreglamos el cuerpo. Comimos unos choros, ahogados en limón y alternados con mucho blanco. Sentíamos la boca igual que si hubiéramos comido piedra lumbre. Luego se nos pasó la mano, como es natural, ni nos dimos cuenta cuándo ni cómo estábamos otra vez metidos.

Después estuvimos en claro a ratos no más. Fué un desfile de locuras, gritos, cantos y mujeres. Me acuerdo que hicimos una apuesta de cuanto aguardiente hacía una guitarra. La perdimos. Alguien bailaba cueca arriba de un piano que se derrumbó. También tengo idea de un estudiante que se volvió loco por el trago y quería matarse por algo que decía de la “iniquidad”, que nadie entendió. Y, para desgracia mía, no se me olvida cuando se nos acabó la plata en la mitad de una ponchera y cuando, por no haber otra cosa, rematé en-

tre las niñas los regalos que llevaba para la Rosario, qué tremenda chacota.

Hasta que todo se acabó y despertamos botados en la dura calle, tiritando y más pobres que antes. (Aunque el viejo Carmona conservó, milagrosamente, sus dos revólveres).

De manera que nos volvimos a Varazón.

Después empezaron a hacerme la vida imposible. Embromaron menos al viejo Carmona. Tal vez por viejo, o por el mucho tiempo que lo conocían, o por lo malas pulgas. Pero a mí no me la perdonaron. De alguna manera, todo lo que habíamos hecho se vino a saber. Lo que no se supo se inventó. Además, por otro lado, yo mismo me repelaba. De manera que me llegaban tallas en el día y desvelo por la noche.

La Rosario estaba hecha un quique al comienzo. No me habló una semana. Aunque después nos volvimos a amistar, ya no fue igual porque ella siempre tenía que andar zahiriendo con "cuando usted se fué con el viejo Carmona" y cosas así.

Ya me tenía colmado.

VIII

AUSENCIA Y GUSTAVO

Salimos con un viento de fresco. Yo iba en los remos. Echando la red chica y buscando buscando por internarnos muy adentro, hablando poco. No iba mal. No pescábamos lo que se decía nada.

—En eso empezó a descomponerse. Una nube oscura, muy baja, tapó los rioses del sol. Se levantó un viento de temporal que me puso carne de gallina. De golpe, me pareció que saltaba un pezado en el mar y después que saltaban al mismo tiempo miles y miles de pececillos. . . Era la lluvia.

—Volvamos— dijo Laguna.

—Remé con todas mis fuerzas, pero el viento no me dejaba avanzar gran cosa. Removíabam los troncos encima de nosotros y lanzábamos los remos lejos. Sentí que Laguna decía algo. No lo escuché bien; entonces me aparté de un brazo para mostrarme cómo hacía para ir adelante. Ya llevábamos las piraguas hundidas hasta los remos. Volví a remar. Fue lo mismo.

UN DÍA SALIMOS con Lagunas en una chalupa nueva que había comprado. Lo de nueva es un decir. La acababa de comprar, pero ya tenía mucho andado. Cierto que estaba recién pintada y calafateada.

Salimos con un vientecito fresco. Yo iba en los remos. Echando la red chica y buscando buscando nos internamos mar adentro, hablando poco. Nos iba mal. No pescábamos lo que se llama nada.

En eso empezó a descomponerse. Una nube oscura, muy baja, tapó los restos del sol. Se levantó un viento de temporal que me puso carne de gallina. De golpe, me pareció que saltaba un pescado en el mar y después que saltaban al mismo tiempo miles y miles de pescaditos. . . Era la lluvia.

—Volvamos— dijo Lagunas.

Remé con todas mis fuerzas, pero el viento no me dejaba avanzar gran cosa. Retumbaban los truenos encima de nosotros y huasqueaban los relámpagos. Sentí que Lagunas decía algo. No lo escuché bien; entonces me agarró de un brazo para mostrarme cómo hacía agua la chalupa. Ya llevábamos las piernas hundidas hasta las rodillas. Volvió a gritarme. fue lo último,

porque sentí ya que el bote se hundía. Me lancé al agua o el agua me tragó y yo la tragué a ella, varios tragos más amargos que el natre. Di unos manotazos, medio ciego, y salí a flote un momento. Sentía que la ropa, los zapatos, me tiraban para abajo. Así que traté de sacármelos. A cada rato volvía a hundirme; las orejas me zumbaban, el corazón se me hinchaba. Manoteaba de nuevo y salía otra vez. No sé bien como pude sacarme primero un zapato, después el otro, hasta que pude acomodarme y nadar algo más tranquilo entre las olas que me zarandeaban y a ratos me quitaban el resuello, el viento helado y unos golpazos de lluvia, como cuando a uno lo azotan con una sábana mojada, me acuerdo, una vez cuando chico, allá en... Bueno, pero ésa es otra cuestión. De repente pensé en Lagunas: miré a uno y otro lado pero no le ví ni el olor; tampoco había chalupa por ninguna parte. Me puse a nadar ya sin esperanzas. A ratos gritaba. Me pesaban los brazos, pero seguían moviéndose, nadando, nadando.

Inconsciente y medio ahogado me recogió un escampavía.

Cuando llegué a puerto me dieron un trabajo. Después otro. El tiempo fué pasando. Viajé, patiperreé según mi costumbre, qué sé yo. Algunas veces pensaba en volver, pero no me decidía. En la noche me acordaba de la Rosario y daba vueltas en la cama como afiebrado. A veces. Pero por la mañana me acordaba menos.

Una noche me encontré con mi viejo amigo Gustavo. Estaba sentado encima de unos durmientes, comientes, comiendo fideos con porotos en la vianda. Negro, quemado, mucho más flaco y viejo que antes. Cuando lo ví, me puse contento y me lo fuí a saludar.

—¡Hermanito!

Levantó los ojos, esos ojos hundidos que tiene ahora, metidos al fondo de socavones oscuros, colorados y afiebrados, con una línea amarilla por alrededor. Me quedó mirando muy tranquilo, como si me hubiera visto el día antes.

—Quiubo— me dijo.

—¡Puchas!— le dije yo, —¿así se saluda a un amigo después de tanto tiempo?

Dejó la vianda a un lado con mucha mesura, se limpió las manos en la chaqueta de cuero que andaba trayendo, y nos abrazamos. Todo fue como de mala gana, así que se me pasó la alegría del encuentro. Piteó el tren y por ahí golpearon las manos. Vacilé entre irme o quedarme. Me quedé porque quería saber qué había sido del amigo; tren no faltaría después.

Estaba cerrado como ostra: —Estamos trabajando aquí. Arreglando la línea. Yo estoy a cargo de la cuadrilla—. Y apretó los labios como para que no saliera nada más.

—Bueno, pero qué ha sido de tu vida . . . en fin, qué has hecho, dónde has estado.

—Más o menos. He estado en varias partes. Por aquí, por allá.

Empecé a arrepentirme de haberme quedado. No se parecía mucho este Gustavo al de antes. Me fijé que se le habían caído casi todos los dientes. Mostraba todo el tiempo un gesto raro, desesperado. Daba cuidado.

En eso fueron llegando los de la cuadrilla. Unos quince en total. Venían cansados y les brillaba la cara, pasados de sudor.

—Nos vamos a trabajar —dijo Gustavo.

—¿A esta hora?

—Sí. Tenemos que terminar esta misma noche. O si no, nos multan. Es un trato.

—Te espero —le dije—, quiero hablar contigo.

Movió la cabeza como para decir que no, vaciló y partió con los demás.

Trabajaban como condenados a la luz de las lámparas y el Gustavo no les daba respiro. Me fijé que le temían. Nadie hablaba.

Salí a dar una vuelta. En el almacén había unos jugando al dominó y otros tomando. Tomé un trago y salí otra vez. Poco había que ver y con la oscuridad tampoco se veía. Me fui a mirar como trabajaban.

Terminaron después de medianoche. Había una neblina. Todo tenía olor a tren, hollín y humedad. Hacía un frío del carajo. Parecíamos bichos, murciélagos o algo, con las manos en los bolsillos, la chaqueta subida, todos doblados para repararnos del penetro.

Fuimos al almacén. Con el vino apareció algo del

Gustavo de antes, pero no nos reconciamos hasta que no peleamos la amistad. Quedamos los dos sangrando algo, machucados. Quebramos una silla. A mí, se me formó una abertura de carnes en la mano, se me hinchó como una pelota. Pero la amistad es la amistad. Después, a tirones me fue contando de su vida.

Tal como yo pensaba, la chilota con que se acomodó en Chillán no le salió buena. Al mes mostró la hilacha, no quiso trabajar y se puso gorda. Se pasaba el día botada en la cama, fumando y comiendo, con todas sus amistades en la pieza, todas de la casa de la misma "tía" donde estaba antes que Gustavo la sacara. Mi amigo ganaba sus pesos porque tuvo la suerte de que se muriera el dueño de la carretela en que trabajaba, se la compró muy barata a la viuda. Una carretela es oro, dicen. Pero todo era poco, a pesar que él era hombre de estar en la casa más que afuera y que no era amigo de parrandas ni de vagancias.

—Yo tenía la casita bien puesta, como siempre me he hecho la ilusión. Pero casi habría sido mejor tener un chiquero o una ranca de paja. Llegaba a la casa tarde, cansado como un perro. Siempre pensaba que iba a estar tranquilo como quería, y que la Negra estaría de buenas. Pero cada vez estaba menos de buenas y más de malas. Me gritaba por cualquier cosa y me insultaba de una manera como nunca a nadie le he soportado. Pero me tenía agarrado. No le podía pegar, ni contestar casi. Cuando ella hablaba, me venía una cosa. Me quedaba mirándola sin saber qué hacer y

más parece que se enojaba ella por eso. Al final la dejaba hablando sola y me iba a la otra pieza, que era donde teníamos el comedor. Ahí había un cajón con libros que un doctor de la casa de al lado nos había dejado a guardar cuando lo llevaron preso por la cuestión de los raspajes. Yo agarraba un libro y trataba de leer, pero sentía cómo la Negra seguía hablando, gritando sola, caminando de un lado a otro. Yo miraba las letras y las palabras escritas, pero seguía pendiente de lo que pasaba al lado y esperando que se le pasara. Ultimamente, ella tomó la costumbre de romper, y eso era lo que más me dolía. Mientras yo leía y leía, sin entender nada, escuchaba los golpes y pensaba: “Ahora rompió el jarrito azul. Ahora un plato, o tal vez una taza”. O también: “Si quiebra otro plato, voy a tener que comprar más para el domingo”. Eso era porque los domingos siempre iba gente a comer, amigos de ella.

—¡Por la madre! —dije yo—, pero a una mujer así yo la arreglo de un par de patadas y me mando cambiar.

Gustavo me miró furioso: —¡Así no me habla usted de la Negra!

Lo que pasaba era que la quería mucho todavía, parece. Pero no pudo aguantar más y se fue.

—Anduve rondando por ahí, trabajando en lo que cayera y comiendo poco. Arrancando malezas, cosechando trigo, haciendo desagües, abriendo bocatomas; de operario en una fábrica de conservas cerca de Val-

divia y aquí de capataz, poniendo durmientes y arreglando líneas.

—¿Y cómo anda la cosa?

—Vamos pegando—. De repente me quedó mirando con los ojos muy rojos y mojados: —Ya no aguanto más, hermano —le tembló la voz—, y en cuanto me paguen, me vuelvo donde la Negra.

No le dije nada. Ví que era inútil. Algo se tomó y la noche pasó volando. En la mañana se me puso arisco de nuevo. Negó que quisiera volver, negó todo lo que me había dicho.

Su actitud no era una actitud de amigo. Nos despedimos enojados y seguí viaje.

* * *

Después, por una u otra razón, por sentirme más hombre y con menos miedo a las cadenas, o porque la Rosario no se me olvidaba, volví a Varazón.

Habían pasado cinco años.

IX

DE REGRESO

Pero no era el mismo animoso y curado que
padeció con la huida de los Bana que en encuentro con
la cara suelta y una boca
dura y lúmpica cuando volvió de ese mundo negro
de intercambio que tiene.

Me miró y no me conocía.

—¿Cómo le va, don Benal? — fue que le dije; y pe-
gudé la mirada para ver si estaba la Benal. No había
nada más que el santo Padre, guardado, pagado con
una cruzada, vestido en el suelo, y el viento le hacía
bajar el hilo de pelo. Me miró muy tranquilo.

El viento volvió de bajar la vista en el perfume. Le
contaba mucho lo mismo. Me dio un beso, después de
mucho tiempo los ojos y dije:

— Como le va, don?

Apenas se le ve la vocante.

— Más o menos. Aquí voy de vuelta.

— ¿Y por qué? — dije. — Bueno, don, ya voy bien re-
cuerdo.

— ¿Y cómo va? — dije. — Bueno, don, ya voy bien re-
cuerdo.

VARAZÓN NO HABÍA CAMBIADO.

Pero no era el mismo viejo animoso y curado que peleó con la huelga el don Rena que me encontré, con la cara sumida, la moral por los suelos y una barba dura y blanquizca crecida encima de ese cuero negro de cochayuyo que tiene.

Me miró y no me conoció.

—¿Cómo le va, don Rena? —fue que le dije; y pegué la mirada para ver si estaba la Rosario. No había nadie más que el tonto Pedro, grandote, jugando con unas conchas, sentado en el suelo, y el viento le hacía bailar el hilo de baba... Me miró muy tranquilo.

El viejo trató de fijar la vista en mi persona. Le temblaba mucho la cabeza. Medio sonrió, después de mucho fruncir los ojos y dijo:

—¿Cómo le va, don?

Apenas se le oía la vocecita.

—Más o menos. Aquí estoy de vuelta.

—Sí, pues —suspiró.— Buena cosa, yo estoy bien jodido...

—Se ve —le dije para alentarle—, ¿y qué es lo que tiene?

Hizo un gesto y movió un poco una mano como diciendo quién sabe, vaya usted a saber.

La casa estaba igual que antes, oscura y pobre. Me fijé que tenía un atado de yerbas de todas clases amarrado a la cabecera del catre, debajo del Sagrado Corazón. A poco de fijarme, fui sintiendo olor a sahumerio y ví un humito en un rincón.

—¿Qué es eso? —le pregunté. No me contestó. Lo miré: tenía los ojos cerrados, la cabeza echada para atrás, la boca abierta. “Tenía sueño el veterano”, pensé. Dí vuelta a la casa y en el rincón estaba el brasero, con restos de yerbas humeando encima.

—Más vale no hacer caso de estas brujerías, don Rena... —empecé.

Estaba tan callado, tan de piedra, que no seguí. El tontito se había levantado y estaba al lado de la cama, con el cogote estirado, mirándolo fijo. Rompió a llorar tan de repente, que me hizo saltar. Se fue encima del viejo y comenzó a sacudirlo. Lo tironeaba de un brazo, le daba golpecitos en la cara, le hacía cariño en la cabeza y daba esos gritos de él, esos gritos que dicen y no dicen. Al final se dejó caer de rodillas y comenzó a besarle las manos.

El viejo no respondía porque estaba muerto.

Salí a la puerta a ver si venía alguien, en fin, a llamar. A la vuelta de la esquina apareció la Rosario caminando ligero, con la cabeza gacha y un jarrito en las manos. Llegó tan cerca sin verme, que alcanzó a salpicarme un poco con leche cuando paró en seco.

Con la sorpresa hizo un gesto como de sonrisa, pero algo raro —talvez yo estaría pálido— o algo... la cosa es que de la sorpresa pasó a la preocupación y al susto. Porque adivinó o sintió lo que pasaba, yo no sé cómo las mujeres, esa es cosa que nunca entenderé. Entró corriendo, agitada, mientras yo la seguía y trataba de decirle alguna cosa antes, de prepararla, explicar lo que no se puede explicar.

Durante el velorio volví a ver a toda la gente de Varazón. No crea que me recibieron con mucha extrañeza. Todos me fueron dando la mano, tristonos, como debe ser un velorio. (Por lo demás, a don Rena lo estimaban, así que hubo pena verdadera y negra). Qui-lantarias me dijo:

—Aquí la gente se va, pero vuelve.

Lo enterramos en el cementerio, que yo no conocía: unas cien tumbas habría, ubicadas en redondo, con un trío de eucaliptus al medio. Era justamente donde terminaba la arena de la playa y empezaba a mezclarse con las agujitas de los pinos. En la lomita, con buen aire y vista al mar, enterramos a don Rena. El cura mosconeó un rato en latín y después, calabaza calabaza.

Callado por la circunstancia, me fui paso a paso al lado de la Rosario. ¡Qué se veía bonita de negro, la diabla! Con su velito en la cabeza, la cara bien levantada, sin mirar a ningún lado y sin llorar, iba plantando los piecitos en el suelo, uno delante del otro, firmeza como siempre. Por el camino, cuando ya dejamos atrás al difunto, quise decir algo, un comentario,

alguna cosa. La voz me salió rara y sin ánimo. Ella no contestó. Al fin quedamos solos. Por ahí se habían ido desparramando los demás acompañantes, despidiéndose con dos o tres palabras enredadas y la mano al sombrero.

Llegamos a la casa de don Rena, que tenía la puerta cerrada, y pasamos de largo (¿cómo, por qué, ella no vivía aquí ahora?). Una aprensión me agarró. Seguí caminando sin preguntar, hasta que llegamos a un ranchito como los demás, donde ella se dio media vuelta y me encaró muy decidida. Pero no habló; esperó que yo dijera algo.

Me aclaré la garganta: —Bueno... —dije, y más nada.

La Rosario se animó de repente: —Buena cosa, Porai... Haber vuelto usted justamente para la muerte de mi papá...

—Mmh —dije yo y me reí como un idiota: —Medio chuncho, ¿no?

—Mmh —dijo ella, seria. Nos quedamos callados. Yo me miraba un zapato. Ella se miraba una uña.

—¿Usted ya no vive con su papá? —le pregunté. Y, como ella me quedó mirando, me dí cuenta: —¡Bah! ¡De veras que lo acabamos de enterrar! —y me reí de nuevo.

Ella siguió seria. Después dijo: —No. Yo hace tiempo que vivo con mi tía Clotilde.

—¡Ah! —hice yo, contento—. Tenía muchas ganas de preguntarle por qué se había ido de la casa, y qué

otra cosa había pasado cuando yo estuve fuera, es decir, si con alguno, bueno... ¡usted me entiende!

—Yo me voy, tengo que hacer —dijo ella, dudosa. Se quedó parada, esperando.

—¿Si? —yo me sentía idiota sin remedio.

Ella apretó los labios como enojada: —¡Sí! —gritó casi, y se metió en la casa. El portazo sonó cuando yo decía: —Oiga, espere...

Me quedé mirando la puerta. Levanté la mano para golpear y después la bajé. En fin, agaché la cabeza y me alejé a tropezones, mirando para atrás, por si acaso.

* * *

Pasaron los días y me fui quedando. Alojé donde Quilantarias. Me hizo hueco sin comentario. En un rincón arreglé unos pellones que tenía y con un pedazo de leña hice almohada. No pasaba frío, porque don Lautá, que es viudo y algo triste, tenía un aguardiente hecho en el retén del Barrancón, volteador y calentito.

Me dieron lugar en un bote, como antes. Trabajando gané para comer. En pocos días supe las novedades y conté las mías, andando "porai". ¿Se acuerda de Lagunas? Las olas lo trajeron a Varazón, hinchado y comido de pescados. No tuve mucho que explicar: los pescadores saben cómo es la mar.

Mucho me hice el contradizo, pero la Rosario no se dejaba ver. Cortando algún palito, me pasaba horas

cerca de la casa, pero ella no se mostraba. A la tía la divisaba a veces, mirándome por una ventana, pero en cuanto yo volvía la vista para el lado de ella, se iba tan ligero que más parecía que la había sorbido el suelo. Y andaba mucho misterio dando vueltas, porque, al hablar con los otros de la Rosario, había una reserva que me ponía temblor, y se pasaba a otro tema. A Quilantarias le pregunté un día:

—Oiga don Lautá, ¿qué es lo que pasa con la Rosario? ¿Ella estaba peleada con don Rena?

—Sí— contestó él y me quedó mirando fijo, con esos ojos de pájaro que tiene.

—¿Y por qué? ¿Así que por eso ella se fue de la casa? Pero, ¿por qué pelearon?

Quilantarias movió la cabeza: —A usted todavía le gusta la muchachona... —medio preguntó, medio afirmó.

Yo no sabía bien, pero dije que sí, antes de pensarlo. —Entonces, tiene que preguntarle a ella misma.

* * *

La encontré, por fin, lavando ropa en el cequíon grande. Me quedé alelado, mirándola. Hasta que ella me sintió y levantó de repente la vista, asustada, soltando en el agua la escobilla de ramas y salpicándose el vestido.

—¡Ay! Era usted, Porai.

—Sí, yo.

—Cómo está —dijo sin interés, y empezó de nuevo a restregar la ropa recién extendida encima de la piedra.

Me acuclillé a su lado, para quedar a la misma altura. Un rato largo no dijimos nada. Yo la miraba, miraba su cara quemada, sus brazos ahora más delgados, pero firmes siempre. Ella tenía un gesto serio y se preocupaba sólo de su ropa, pero ponía demasiado interés sin haber para qué, y se mordía sin querer el labio de abajo. O sea, que en el fondo no estaba tan calmosa. Yo tampoco. Yo tenía por dentro una gran gritería, eran muchos, gritándome en los oídos, zumbándome, saltando como locos, riendo.

—¿De qué se ríe? —preguntó ella de repente, como enojada.

—No —le dije yo—, si no me río.

Pero sentía que la cara se me estiraba sola, me subía algo como cosquilla, se me abría la boca, la garganta me gorgoteaba, los latidos me ahogaban.

La Rosario me miraba con una cara tan rara, yo trataba de hablar y no podía, hasta que al fin estallé y la risa me empezó a salir a chorros. Me reía, me reía, como si el mundo se fuera a acabar. Perdí el aplomo y caí sentado, metiendo un pie en el agua. Botado, sin fuerzas, con dolor en el costado y con el agua empapándome el zapato y el pantalón, seguí riendo como un bendito, hasta que la Rosario perdió el gesto de enojo, se le ablandaron los ojos y empezó, ella también, pri-

mero como con temor y después más y más fuerte, a reír.

Nos secamos las lágrimas y nos miramos muy largo. Era otra Rosario, pero en los ojos, recién en este momento talvez cariñosos, aparecía algo de la Rosario de antes, la que yo quería tanto y, principalmente, la que me quería a mí, con perdón sea dicho.

—Este Porai —dijo ella, moviendo la cabeza—, ¿por qué se reía?

—No sé.

—Yo tampoco —dijo ella, y sonrió, con hoyitos.

Yo me puse un poco serio: —Rosario, ¿qué le pasa conmigo?

—Nada —dijo ella con apuro—. Nada —y se encogió de hombros.

Sentí que algo me subía, seguramente el estómago, que es donde uno se impresiona. Le tomé la mano (mojada y fría) y ella no la retiró. La voz me salió temblona: —Usted sabe que yo la quiero... mucho.

Ella estaba fija, yerta, mirando el agua.

—Yo sé que la otra vez, después que el bote se hundió... Y antes con el viejo Carmona. Pero después... En fin, no supe qué hacer. Tanta cosa que le pasa a uno. Fue una locura. Pero yo le juro, yo quisiera Rosarito, por usted yo sería capaz de...

Me subían las palabras, pero no hallaba la que quería decir (y ella tampoco ayudaba ni pizca), y no me atrevía a besarla, a abrazarla como antes.

Ella me retiró la mano sin brusquedad y me dio una

mírada muy rara: como si hiciera un cálculo sobre mí, como si me dudara; de tal manera que me entró el habla. Frunció los ojos y me miró todavía (tenía los ojos como dos rayitas, cerrados de desconfianza). Entonces me dijo:

—¿De qué sería capaz por mí, Porai?

Sentí dos cosas bien patentes: la garganta seca y el calcetín mojado que me apretaba el pie dentro del zapato. “¡Qué mierda!”, pensé, “¡qué tanta cuestión!”. Y le dije, así a la desesperada, como quien se tira al río sin sospechar lo que es nado: —Yo sería capaz de casarme con usted.

Ella puso un gesto muy raro, se echó para atrás y se le retiró la sangre de la cara. Pero después le volvió de golpe. Muy encendida, se paró, juntó la ropa ligero, echó encima la escobilla y el jabón, levantó la canasta, se la afirmó en la cadera y echó a andar. Yo me levanté sin entenderla; quise tomarle la canasta, pero ella me echó a un lado con un movimiento brusco de hombros y siguió caminando.

—Oiga, Rosario —le dije, apurándome para ponerme a la par y buscándole los ojos.

—Camine callado —dijo ella, cabeza baja, con los dientes apretados.

Me anduve ofendiendo, no es manera, pero seguí a su lado y a ratos detrás de ella. (Caminaba ligero). Así pasamos por el almacén nuevo —los que estaban en la puerta, la tertulia de siempre, se quedaron calla-

dos de golpe cuando nos vieron—, pasamos por la escuela, doblamos la esquina y llegamos a la rancho.

—Espere aquí —ordenó. Entró y cerró. La casita no estaba tan mala. Negra la madera de humedad, como las otras, pero con unos bonitos cortinos blancos con flores, hechos al crochet.

Se abrió la puerta y la Rosario me tiró un sonrisón como para resucitar muertos.

Entré medio mareado. Tenía el estómago encogido y la vista anublada. Tropecé de costado con una cómoda que llegó a removerse (sentí como caían cositas de vidrio), atropellé una silla que cayó. Opté por quedarme parado.

Entonces salió de lo oscuro una viejita muy delgadita, me pasó una manito que era un suspiro de pájaro y Rosario dijo: —Esta es mí tía. Usted sabía que yo estoy viviendo con ella hace tiempo...

(Claro, yo sabía, pero por qué, ¿por qué?)

—Mucho gusto —dije. No se oía un ruido. Entraba una mancha de sol por la puerta abierta —¡cómo bailaban las pelusas y los puntos de luz!— y el resto de la pieza se hacía más oscuro. La viejita tenía una mano puesta en la cara (como se pone cuando a uno le cuentan una calamidad muy grande), con el codo afirmado en la otra mano, y la cabeza un poco ladeada. La Rosario miraba al suelo y yo le notaba en cómo no dejaba las manos tranquilas y se hacía huincha el bolsillo del delantal, que estaba nerviosa.

Después, cuando yo carraspeé para decir algo, se

abrió la otra puerta, la del dormitorio, y salió caminando un niño que apenas levantaba del suelo, un niño de unos dos años, morenito, con la cara sucia y los ojos tan azules... Salió caminando derecho, todo un caballero, hizo una cruzada como un desfile por el medio de la pieza, se paró delante de mí sumamente serio y me quedó mirando. La tía hizo un ruido raro, un llanto como atragantado, y salió corriendo. Yo miré a la Rosario y después al niño. Ella miró al suelo. El niño me miró a mí. Pasaron horas. (No tanto, pero parecían).

La Rosario dijo: —Este es mi hijo.

A mí se me doblaron las piernas y caí. Habría caído redondo al suelo, pero milagrosamente encontré una silla debajo mismo de mi parte para sentarme. Quedé clavado: tenía la cabeza llena de viento y unas ganas de gritar un buen garabato. En vez de eso pregunté:

—¿Quién es? Es decir, ¿cómo?...

En ese momento el niño se rio y me tendió los brazos. Lo tomé, lo senté en una de mis rodillas y le hice caballito mientras pensaba.

La Rosario se encogió de hombros, me dio la espalda, y se puso a sacar un mantel de un cajón. Lo sacudió. Después levantó el tarrito con flores de la mesa y con trapo limpió el hule por encima.

A mí me vino un golpe caliente de sangre; una especie de rabia. Bajé al niño con mucho cuidado y lo dejé paradito en el suelo.

—Más, más... —dijo él.

Este libro se terminó de imprimir
el día 20 de Septiembre de 1963,
en los Talleres Gráficos de
Encuadernadora Hispano Suiza
Ltda., Santa Isabel N° 0174,
Santiago de Chile.

